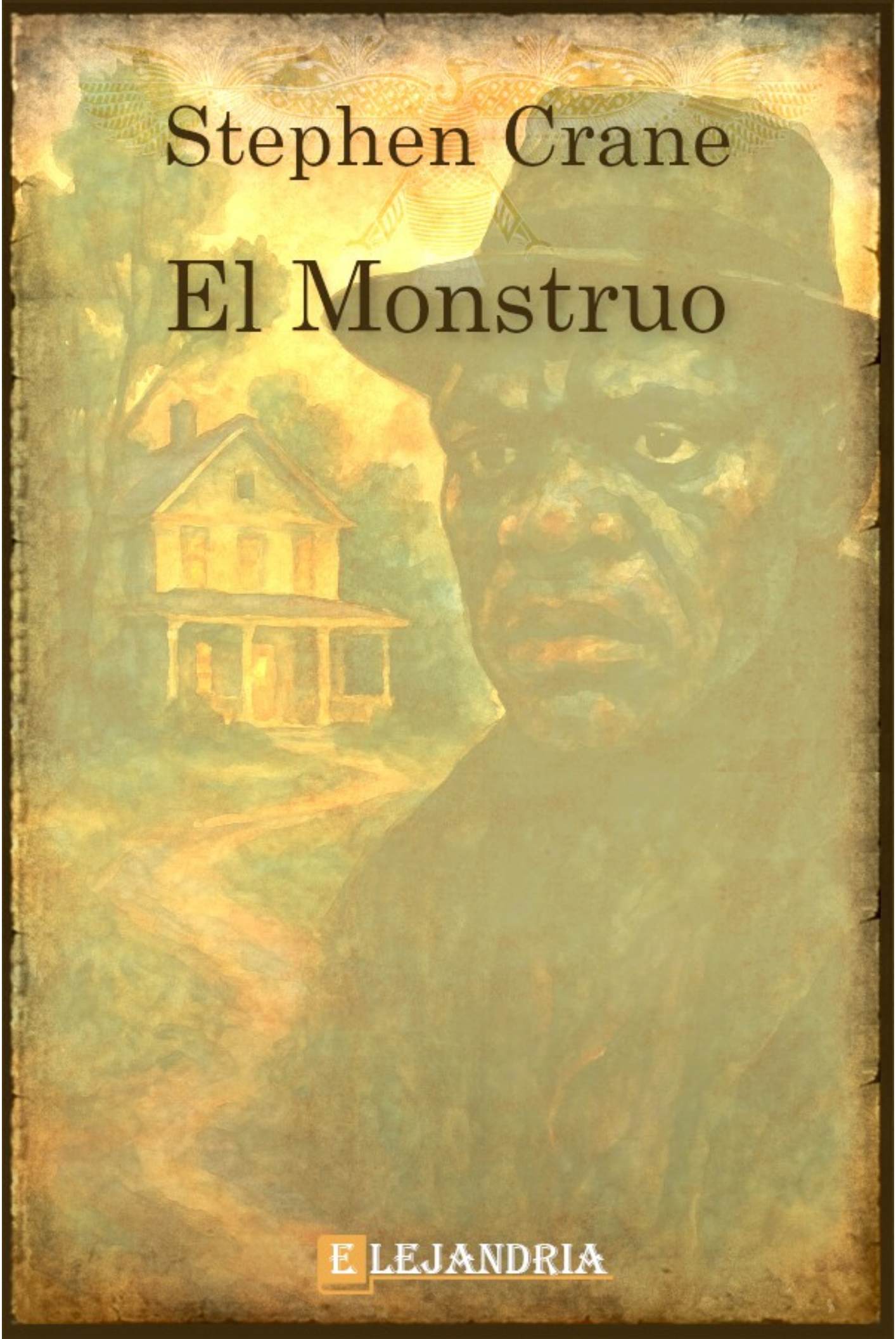
Stephen Crane

El Monstruo



ELEJANDRIA

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

El monstruo

Stephen Crane

Publicado: 1898
Fuente: en.wikisource.org
Traducción: Elejandría

I

Por el momento, el pequeño Jim era la locomotora Número 36 y hacía el recorrido entre Siracusa y Rochester. Llevaba catorce minutos de retraso y el acelerador estaba abierto a tope. En consecuencia, al tomar la curva junto al macizo de flores, una rueda de su carrito destrozó una peonía. El Número 36 aminoró la marcha al instante y miró con culpabilidad a su padre, que estaba cortando el césped. El doctor estaba de espaldas a este accidente y continuó avanzando lentamente de un lado a otro, empujando el cortacésped.

Jim soltó la lanza del carrito. Miró a su padre y a la flor rota. Finalmente, se acercó a la peonía e intentó enderezarla, resucitarla, pero el tallo estaba dañado y solo colgaba lánguidamente de su mano. Jim no pudo hacer ninguna reparación. Volvió a mirar a su padre.

Se adentró en el césped, muy despacio, pateando miserablemente la hierba. Al poco rato, su padre llegó con la máquina zumbante, mientras las briznas de hierba fresca y dulce salían despedidas de las cuchillas. En voz baja, Jim dijo: "¡Papá!".

El doctor estaba rasurando aquel césped como si fuera la barbilla de un sacerdote. Durante toda la temporada había trabajado en él, en la frescura y la paz de las tardes después de cenar. Incluso a la sombra de los cerezos, la hierba era fuerte y sana. Jim alzó un poco la voz. "¡Papá!".

El doctor se detuvo y, al no ocupar ya el bramido de la máquina los sentidos, se pudo oír a los petirrojos en los cerezos arreglando sus asuntos. Jim

tenía las manos a la espalda y, a veces, sus dedos se entrelazaban y se separaban. De nuevo dijo: "¡Papá!". El labio fresco y sonrosado del niño tembló.

El doctor miró fijamente a su hijo, inclinando la cabeza hacia delante y frunciendo el ceño con atención. "¿Qué pasa, Jimmie?".

"¡Papá!", repitió el niño finalmente. Luego levantó el dedo y señaló el macizo de flores. "¡Ahí!".

"¿Qué?", dijo el doctor, frunciendo más el ceño. "¿Qué pasa, Jim?".

Tras un período de silencio, durante el cual el niño pudo haber sufrido un severo tumulto mental, levantó el dedo y repitió su palabra anterior: "¡Ahí!". El padre había respetado este silencio con perfecta cortesía. Después, su mirada siguió cuidadosamente la dirección indicada por el dedo del niño, pero no pudo ver nada que se lo explicara. "No entiendo lo que quieres decir, Jimmie", dijo.

Parecía que la importancia de todo el asunto le había arrebatado el vocabulario al niño. Solo podía reiterar: "¡Ahí!".

El doctor reflexionó sobre la situación, pero no pudo sacar nada en claro. Al final dijo: "Ven, enséñamelo".

Juntos cruzaron el césped hacia el macizo de flores. A unos metros de la peonía rota, Jimmie empezó a rezagarse. "¡Ahí!". La palabra salió casi sin aliento.

"¿Dónde?", dijo el doctor.

Jimmie pateó la hierba. "¡Ahí!", respondió.

El doctor se vio obligado a avanzar solo. Tras algunos problemas, encontró el objeto del incidente, la flor rota. Volviéndose entonces, vio al niño acechando en la retaguardia y escrutando su semblante.

El padre reflexionó. Al cabo de un rato dijo: "Jimmie, ven aquí". Con una infinita modestia en su comportamiento, el niño se adelantó. "Jimmie, ¿cómo ha ocurrido esto?".

El niño respondió: "Pues… estaba jugando a los trenes… y… y… la atropellé".

"¿Estabas haciendo qué?".

"Estaba jugando a los trenes".

El padre reflexionó de nuevo. "Bueno, Jimmie", dijo lentamente, "supongo que será mejor que no juegues más a los trenes hoy. ¿No crees que será mejor?".

"No, señor", dijo Jimmie.

Durante la pronunciación de la sentencia, el niño no había mirado a su padre a la cara y, después, se marchó, con la cabeza gacha, arrastrando los pies.

II

Por la actitud de Jimmie, era evidente que sentía cierto deseo de esfumarse. Bajó al establo. Henry Johnson, el negro que cuidaba de los caballos del doctor, estaba limpiando el calesín con una esponja. Sonrió fraternalmente cuando vio llegar a Jimmie. Eran buenos amigos. Con respecto a casi todo en la vida, parecían tener mentes exactamente iguales. Por supuesto, había puntos de divergencia enfática. Por ejemplo, por la forma de hablar de Henry quedaba claro que era un negro muy apuesto, y se sabía que era una lumbrera, un peso pesado y una eminencia en el suburbio de la ciudad, donde vivía la mayor parte de los negros, y obviamente esta gloria estaba por encima del horizonte de Jimmie; pero él la apreciaba vagamente y le rendía pleitesía a Henry por ello, principalmente porque Henry la apreciaba y se la rendía a sí mismo. Sin embargo, en todos los puntos de conducta relacionados con el doctor, que era la luna, estaban en completo pero tácito entendimiento. Siempre que Jimmie era víctima de un eclipse, iba al establo a consolarse con los crímenes de Henry. Henry, con la elasticidad de su raza, normalmente podía encontrar un pecado para ponerse a la altura del deshonrado. Quizás recordaría que se había olvidado de poner la correa de enganche en la parte trasera del calesín en alguna ocasión reciente, y había sido reprendido por el doctor. Entonces, ambos comulgarían sutilmente y sin palabras acerca de su luna, considerándose con simpatía como personas que habían cometido traiciones similares. Por otro lado, Henry a veces optaba por repudiar absolutamente esta idea, y cuando Jimmie aparecía avergonzado, lo intimidaba virtuosísimamente, predicando con seguridad los preceptos del credo del doctor y señalándole a Jimmie todas sus abominaciones. Jimmie no descubría que esto era odioso en su camarada. Lo aceptaba y vivía a

su sombra con humildad, simplemente tratando de conciliar al santo Henry con actos de deferencia. Ganado por esta actitud, Henry a veces permitía que el niño disfrutara de la felicidad de escurrir la esponja sobre una rueda del calesín, incluso cuando Jimmie todavía estaba manchado por hechos innombrables.

Siempre que Henry pasaba un tiempo vestido de sayal, Jimmie no lo trataba con condescendencia en absoluto. Esta era una justicia propia de su edad, de su condición. No lo sabía. Además, Henry sabía conducir un caballo, y Jimmie tenía pleno sentido de esta sublimidad. Henry conducía personalmente la luna durante los espléndidos viajes por los caminos rurales, donde las granjas se extendían por todas partes, con ovejas, vacas y otras maravillas en abundancia.

"¡Hola, Jim!", dijo Henry, sosteniendo la esponja en alto. El agua goteaba del calesín. A veces, los caballos en los establos pateaban estruendosamente el suelo de pino. Había una atmósfera de heno y de arreos.

Durante un minuto, Jimmie se negó a interesarse por nada. Estaba muy abatido. Ni siquiera podía sentir las maravillas de lavar un carruaje. Henry, mientras trabajaba, lo observaba de cerca.

"Tu padre te ha dado una paliza, ¿verdad?", dijo al fin.

"No", dijo Jimmie, a la defensiva; "no lo ha hecho".

Tras esta observación casual, Henry continuó su labor, con el ceño fruncido por la ocupación. Al poco rato dijo: "Ya te he dicho muchas veces que no andes haciendo el tonto y jugueteando con esas flores. A tu padre no le gusta nada". En realidad, Henry nunca le había mencionado las flores al niño.

Jimmie guardó un silencio sombrío, así que Henry empezó a usar seductoras artimañas en este asunto de lavar un carruaje. No fue hasta que empezó a hacer girar una rueda en el eje, y el agua salpicaba por todas partes, que el niño se conmovió visiblemente. Había estado sentado en el umbral de la puerta de la cochera, pero al comienzo de esta ceremonia se levantó y rodeó el calesín, con un interés que consumió lentamente el recuerdo de una desgracia reciente.

Johnson pudo entonces mostrar toda la dignidad de un hombre cuyo deber era proteger a Jimmie de las salpicaduras. "¡Cuidado, chico! ¡Cuidado!

Vas a mancharte los pantalones. Supongo que tu madre no permite estas tonterías, si lo supiera. No voy a tenerte por aquí manchándote los pantalones y que la señora Trescott me caiga encima enseguida. Desde luego que no".

Hablaba con aire de gran irritación, pero no estaba molesto en absoluto. Este tono era simplemente parte de su importancia. En realidad, siempre estaba encantado de tener al niño allí para presenciar los quehaceres del establo. Por un lado, Jimmie se sentía invariablemente abrumado por la reverencia cuando le contaban lo maravillosamente pulido que estaba un arnés o lo bien cepillado que estaba un caballo. Henry explicaba cada detalle de este tipo con unción, obteniendo una gran alegría de la admiración del niño.

III

Después de que Johnson cenara en la cocina, subió a su desván en la cochera y se vistió con mucho esmero. Ninguna belleza de un círculo cortesano podría dedicar más atención a su arreglo personal que Johnson. Pensándolo bien, se parecía más a un sacerdote ataviándose para algún desfile de la iglesia. Al salir de su habitación y pasear por el camino de la cochera, nadie habría sospechado que alguna vez hubiera lavado un calesín.

No era del todo una cuestión de los pantalones color lavanda, ni tampoco del sombrero de paja con su brillante cinta de seda. El cambio estaba en algún lugar muy adentro de Henry. Pero no había en ello ninguna hipérbole de pasarela. Era simplemente un caballero tranquilo y bien educado, de posición, riqueza y otros logros necesarios, que salía a dar un paseo vespertino, y nunca en su vida había lavado un carruaje.

Por la mañana, con su ropa de trabajo, se había encontrado con un amigo: "¡Hola, Pete!". "¡Hola, Henry!". Ahora, en su esplendor, se encontró con este mismo amigo. Su reverencia no fue en absoluto altiva. Si expresaba algo, expresaba una generosidad consumada: "Buenas noches, señor Washington". Pete, que estaba muy sucio, trabajando en un campo de patatas, respondió con una mezcla de abatimiento y aprecio: "Buenas noches, señor Johnsing".

El brillante azul de las lámparas de arco eléctrico era intenso en la calle principal de la ciudad. En numerosos puntos era conquistado por el resplandor anaranjado de las luces de gas, más numerosas, en los escaparates de las tiendas. Por esta radiante avenida se movía una multitud, que culminaba en

un gentío ante la oficina de correos, esperando la distribución del correo de la tarde. Ocasionalmente, irrumpía en ella un estridente tranvía eléctrico, con el motor cantando como una jaula llena de saltamontes, y poseyendo un gran gong que resonaba con advertencias y simple ruido. En el pequeño teatro, que era una miniatura de barniz y felpa roja de uno de los famosos teatros de Nueva York, una compañía de cómicos ambulantes iba a representar East Lynne. Los jóvenes de la ciudad se reunían principalmente en las esquinas, en grupos distintivos, que expresaban diversos matices y líneas de camaradería, y tenían poco que ver con ninguna gradación social. Allí discutían todo con perspicacia crítica, pasando revista a toda la ciudad mientras bullía en la calle. Cuando los gongs de los tranvías eléctricos dejaban por un momento de atormentar los oídos, se podía oír el sonido de los pies de la multitud ociosa sobre el pavimento de piedra azul, y era como el pacífico oleaje vespertino en la orilla de un lago. Al pie de la colina, donde dos hileras de arces vigilaban el camino, una lámpara eléctrica brillaba en lo alto entre las ramas entrelazadas, y creaba maravillosos grabados de sombras en el camino de abajo.

Cuando Johnson apareció entre la multitud, un miembro de uno de los grupos profanos de una esquina telegrafió instantáneamente la noticia de esta extraordinaria llegada a sus compañeros. Lo saludaron. "¡Hola, Henry! ¿Vas a pasear por un pastel esta noche?".

"¿No es elegante?".

"¡Pero si llevas ese pastel en el bolsillo, Henry!".

"Saca un poco más el pecho".

Henry no se inmutó en absoluto por estas discretas admoniciones y cumplidos. En respuesta, soltó una risa sumamente bonachona y entrecortada, que, sin embargo, expresaba una complacencia subterránea de metal superior.

El joven Griscom, el abogado, acababa de salir de la barbería de Reifsnyder, frotándose la barbilla con satisfacción. En los escalones bajó la mano y miró con los ojos muy abiertos a la multitud. De repente, volvió corriendo a la tienda. "¡Guau!", gritó al parlamento; "¡teníais que ver al negro que viene!".

Reifsnyder y su ayudante levantaron al instante sus navajas y se volvieron hacia la ventana. Dos cabezas enjabonadas se irguieron de las sillas. El brillo eléctrico de la calle causaba un efecto parecido al agua a quienes miraban a través del cristal desde el resplandor amarillo de la tienda de Reifsnyder. De hecho, la gente de fuera se parecía a los habitantes de un gran acuario que tuviera aquí un cristal cuadrado. Al poco rato, en este marco nadó la elegante figura de Henry Johnson.

"¡Caramba!", dijo Reifsnyder. Él y su ayudante, de común acuerdo, mandaron sus obligaciones al diablo y, dejando indefensas a sus víctimas enjabonadas, se acercaron a la ventana. "¿No es un primor?", dijo Reifsnyder, maravillado.

Pero el hombre de la primera silla, con un agravio en mente, había encontrado un arma. "¡Pero si ese es solo Henry Johnson, malditos idiotas! Vamos, Reif, y aféitame. ¿Qué te crees que soy, una momia?".

Reifsnyder se volvió, muy excitado. "¡Apuesto lo que quieras a que ese no era Henry Johnson! ¡Henry Johnson! ¡Ratas!". El desprecio puesto en esta última palabra la convirtió en una explosión. "¿Ese hombre era un botones de un coche Pullman o algo así? ¿Cómo podría ser Henry Johnson?", exigió, turbulentamente. "Estás loco".

El hombre de la primera silla se enfrentó al barbero en una tormenta de indignación. "¿No le di yo esos pantalones color lavanda?", rugió.

Y el joven Griscom, que había permanecido atento en la ventana, dijo: "Sí, creo que era Henry. Se parecía a él".

"¡Ah, bueno!", dijo Reifsnyder, volviendo a su trabajo, "¡si tú lo crees! ¡Ah, bueno!". Daba a entender que se sometía por amabilidad.

Finalmente, el hombre de la segunda silla, mascullando con una boca timorata por la espuma adyacente, dijo: "Era Henry Johnson, sin duda. ¡Pero si siempre se viste así cuando quiere presumir! Es el tipo más elegante de la ciudad, todo el mundo lo sabe".

"¡Caramba!", dijo Reifsnyder.

Henry no ignoraba en absoluto la estela de exclamaciones de asombro que se extendía tras él. En otras ocasiones había cosechado esta misma alegría, y siempre tenía buen ojo para la demostración. Con el rostro radiante

de felicidad, se apartó del escenario de sus victorias hacia una estrecha calle lateral, donde la luz eléctrica aún colgaba en lo alto, pero solo para exhibir una hilera de casas destartaladas que se apoyaban unas contra otras como paralíticas.

La señorita Bella Farragut, de tez azafranada y vestida con un percal, había estado acurrucada en el porche delantero, cotilleando a distancia, pero divisó a su visitante que se acercaba desde lejos. Corrió alrededor de la esquina de la casa, galopando como un caballo. Henry lo vio todo, pero conservó el comportamiento educado de un invitado cuando un camarero le derrama clarete en el puño. En esta situación incómoda, estuvo simplemente perfecto.

El deber de recibir al señor Johnson recayó en la señora Farragut, porque Bella, en otra habitación, se estaba poniendo a toda prisa su mejor vestido. La anciana gorda lo recibió con una gran sonrisa de marfil, apartándose con la puerta y haciendo una profunda reverencia. "Entre, señor Johnson, entre. ¿Cómo está usted esta noche, señor Johnson, cómo está?".

El rostro de Henry brillaba como un reflector mientras hacía reverencias y más reverencias, inclinándose casi desde la cabeza hasta los tobillos. "Buenas noches, señora Fa'gut; buenas noches. ¿Cómo está usted esta noche? ¿Están bien todos los suyos, señora Fa'gut?".

Después de una gran cantidad de zalemas, se sentaron en dos sillas uno frente al otro en la sala de estar. Allí intercambiaron las más tremendas cortesías, hasta que la señorita Bella entró arrolladoramente en la habitación, momento en el que hubo más zalemas por todas partes, y una sonriente exhibición de dientes que fue como una iluminación.

La cocina de leña estaba, por supuesto, en este salón, y en el fuego había una especie de guiso interminable. La señora Farragut se veía obligada a levantarse y atenderlo de vez en cuando. También entró el joven Sim y se acostó en su jergón en un rincón. Pero ante todas estas tareas domésticas, los tres mantuvieron un silencio absoluto. Hicieron reverencias y sonrieron e ignoraron e imitaron hasta altas horas de la noche, y si hubieran sido los ocupantes del salón más suntuoso del mundo, no podrían haberse parecido más a tres monos.

Después de que Henry se marchara, Bella, que se animaba a sí misma con la apropiación de frases, dijo: "¡Oh, mamá, ¿no es divino?".

IV

Un sábado por la noche era siempre señal de que una multitud mayor desfilaría por la vía pública. En verano, la banda tocaba hasta las diez en el pequeño parque. La mayoría de los jóvenes de la ciudad aparentaban ser superiores a esta banda, incluso la despreciaban; pero en las noches tranquilas y fragantes, invariablemente acudían en masa, porque las chicas seguro que asistirían a este concierto, paseando lentamente sobre la hierba, estrechamente unidas en parejas, o preferiblemente en tríos, en la curiosa dependencia pública mutua que era su herencia. No había ningún aspecto social particular en esta reunión, salvo que un grupo miraba a otro con interés, pero principalmente en silencio. Quizás una chica le daría un codazo a otra y de repente diría: "¡Mira! ¡Ahí van Gertie Hodgson y su hermana!". Y parecerían considerar esto como un acontecimiento importante.

En una noche particular, un grupo bastante numeroso de jóvenes se había reunido en la acera que bordeaba el parque. Permanecían así más allá de los límites de las festividades debido a su dignidad, que no les permitiría exactamente aparecer en nada que fuera tan divertido para los muchachos más jóvenes. Estos últimos correteaban locamente entre la multitud, precipitando accidentes menores de vez en cuando, pero generalmente huyendo como niebla barrida por el viento antes de que la retribución pudiera ponerles las manos encima.

La banda tocaba un vals que otorgaba un don de prominencia al bombardino, y uno de los jóvenes en la acera dijo que la música le recordaba a las nuevas máquinas en la colina que bombeaban agua al embalse. Una similitud de este tipo no era inconcebible, pero el joven no lo dijo porque no le

gustara la interpretación de la banda. Lo dijo porque estaba de moda decir ese tipo de cosas sobre la banda. Sin embargo, en el quiosco, Billie Harris, que tocaba el tambor, siempre estaba rodeado por una multitud de muchachos, que adoraban cada uno de sus golpes.

Después de que finalmente se distribuyera el correo de Nueva York y Rochester, la multitud de la oficina de correos se sumó a la masa que ya estaba en el parque. El viento ondeaba las hojas de los arces y, en lo alto, los globos de luz azul de las lámparas de arco provocaban maravillosas tracerías de sombras de hojas en el suelo. Cuando la luz caía sobre el rostro levantado de una chica, lo hacía brillar con una maravillosa palidez. Un policía salió de repente de la oscuridad y persiguió a una pandilla de niños pequeños y revoltosos. Ellos le abuchearon desde la distancia. El director de la banda tenía algunos de los amaneramientos de los grandes músicos, y durante un período de silencio la multitud sonrió cuando lo vieron llevarse la mano a la frente, acariciarla sentimentalmente y mirar hacia arriba con una expresión de angustia poética. Bajo la luz trémula, que daba al parque un efecto parecido a un gran salón abovedado, la multitud bullía con un suave murmullo de vestidos rozando la hierba y con un constante zumbido de voces.

De repente, sin compases preliminares, surgió de lejos el gran rugido ronco de la sirena de una fábrica. Se elevó y creció hasta alcanzar una nota siniestra, y luego cantó en el viento nocturno una larga llamada que mantuvo a la multitud en el parque inmóvil, sin habla. El director de la banda estaba a punto de dejar caer vehementemente la mano para iniciar a la banda en una carrera atronadora a través de una marcha popular, pero, golpeado por esta voz gigante de la noche, su mano cayó lentamente hasta su rodilla y, con la boca abierta, miró a sus hombres en silencio. El grito se apagó hasta convertirse en un lamento, y luego en silencio. Liberó los músculos del grupo de jóvenes en la acera, que habían estado como estatuas, posando ansiosamente, ágilmente, con las orejas aguzadas. Y entonces se volvieron unos hacia otros simultáneamente y, en una sola explosión, gritaron: "¡Uno!".

De nuevo el sonido creció en la noche y rugió su largo y ominoso grito, y mientras se desvanecía, la multitud de jóvenes se volvió unos hacia otros y, a coro, gritó: "¡Dos!".

Hubo un momento de espera contenida. Luego gritaron: "¡Segundo distrito!". En un instante, la compañía de jóvenes indolentes y cínicos había des-

aparecido como una bola de nieve desintegrada por la dinamita.

V

Jake Rogers fue el primero en llegar a la sede de la Compañía de Mangueras Tuscarora Número Seis. Había sacado la llave del bolsillo mientras corría calle abajo, y saltó sobre la cerradura de resorte como un demonio. Mientras las puertas se abrían de golpe ante sus manos, saltó y quitó de una patada las cuñas de un par de ruedas, soltó una lanza de su enganche, y bajo el resplandor de la luz eléctrica que el pueblo colocaba frente a cada uno de sus parques de bomberos, los siguientes en llegar contemplaron el espectáculo de Jake Rogers doblado como un nogal americano en la virilidad de su esfuerzo, y el pesado carro se movía lentamente hacia las puertas. Cuatro hombres se le unieron en ese momento, y mientras salían con el carro a la calle, figuras oscuras se apresuraron hacia ellos desde las pesadas sombras detrás de las lámparas eléctricas. Algunos plantearon la pregunta inevitable: "¿Qué distrito?".

"Segundo", les respondieron en un compacto aullido. La Compañía de Mangueras Tuscarora Número Seis se lanzó sobre una peligrosa rueda hacia la Avenida Niágara, y mientras los hombres, sujetos al carro por la cuerda que se había desenrollado del cabrestante bajo la lanza, tiraban con locura en su fervor y abandono, el gong bajo el eje sonaba incitadoramente. Y a veces se oía el mismo grito: "¿Qué distrito?".

"Segundo".

En una pendiente, Johnnie Thorpe cayó y, ejercitando una singular habilidad muscular, rodó a tiempo para apartarse de la trayectoria de la rueda que se aproximaba, y se levantó, despeinado y agraviado, lanzando una mirada

de lúgubre desencanto a la negra multitud que se derramaba tras la máquina. El carro parecía ser el ápice de una ola oscura que giraba como si hubiera sido una presa rota. Detrás del muchacho había extensiones de césped, y en esa dirección las puertas delanteras eran golpeadas por hombres que gritaban roncamente hacia la clamorosa avenida: "¿Qué distrito?".

En una de estas casas, una mujer salió a la puerta llevando una lámpara, protegiéndose el rostro de sus rayos con las manos. A través de la hierba cortada, la avenida se le representaba como una especie de torrente negro, sobre el cual, sin embargo, huían numerosas figuras milagrosas en bicicleta. No sabía que la imponente luz de la esquina continuaba su gemido nocturno.

De repente, un niño pequeño dio una voltereta alrededor de la esquina de la casa como si hubiera sido proyectado por unas escaleras por una bota catapultora. Se detuvo frente a la casa mediante una evolución bastante extraordinaria con sus piernas. "¡Oh, mamá!", jadeó, "¿puedo ir? ¿Puedo, mamá?".

Ella se enderezó con la frialdad del juicio maternal exterior, aunque la mano que sostenía la lámpara temblaba ligeramente. "No, Willie; será mejor que te vayas a la cama".

Al instante, empezó a respingar y a echar humo como un mustang. "¡Oh, mamá!", gritó, contorsionándose, "¡oh, mamá, ¿no puedo ir? Por favor, mamá, ¿no puedo ir? ¿No puedo ir, mamá?".

"Ya son las nueve y media, Willie".

Terminó gimiendo un compromiso: "Bueno, ¿solo hasta la esquina, mamá? ¿Solo hasta la esquina?".

De la avenida llegaba el sonido de hombres corriendo que gritaban salvajemente. Alguien había agarrado la cuerda de la campana en la iglesia metodista, y ahora sobre la ciudad sonaba esta voz solemne y terrible, hablando desde las nubes. Apartada de su pacífica tarea, esta campana cobró un nuevo espíritu en la noche portentosa, y hacía oscilar el corazón de un lado a otro, arriba y abajo, con cada tañido.

"¿Solo hasta la esquina, mamá?".

"Willie, ya son las nueve y media".

VI

Los contornos de la casa del Dr. Trescott se habían desvanecido silenciosamente en la noche, ocultando una forma como la que llamamos Reina Ana contra el palio del cielo ennegrecido. El vecindario estaba en ese momento tan tranquilo, y parecía tan desprovisto de obstrucciones, que el perro de Hannigan pensó que era una buena oportunidad para merodear por recintos prohibidos, y así vino y pateó el césped de Trescott, gruñendo, y considerándose una bestia formidable. Más tarde, Peter Washington pasó por delante de la casa y silbó, pero no brillaba ninguna luz tenue desde el desván de Henry, y al poco rato Peter siguió su camino. Los rayos de la calle, deslizándose en ondas plateadas sobre la hierba, hacían que la hilera de arbustos a lo largo del camino proyectara una sombra clara y audaz.

Una voluta de humo salió de una de las ventanas del extremo de la casa y se deslizó silenciosamente entre las ramas de un cerezo. Sus compañeras la siguieron en número lentamente creciente, y finalmente hubo una corriente controlada por riberas invisibles que se vertía en las ramas cargadas de fruta del cerezo. No era más notable que si una tropa de monos grises, tenues y silenciosos, hubiera estado trepando por una parra hacia las nubes.

Al cabo de un momento, la ventana se iluminó como si sus cuatro cristales hubieran sido manchados de sangre, y un oído agudo podría haber imaginado a los diablillos del fuego llamando y llamando, clan uniéndose a clan, reuniéndose ante los colores. Desde la calle, sin embargo, la casa mantenía su oscura quietud, insistiendo a un transeúnte en que era la morada segura de personas que optaban por retirarse temprano a sueños tranquilos. Nadie podría haber oído este bajo zumbido de los clanes reunidos.

De repente, los cristales de la ventana roja tintinearon y se estrellaron contra el suelo, y en otras ventanas surgieron de repente otras llamas, como espectros sangrientos en las aberturas de una casa encantada. Este estallido había sido bien planeado, como por revolucionarios profesionales.

La voz de un hombre gritó de repente: "¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!". Hannigan había arrojado su pipa frenéticamente lejos de él porque sus pulmones exigían espacio. Se tambaleó desde su posición elevada, saltó la valla y corrió gritando hacia la puerta principal de los Trescott. Luego golpeó la puerta, usando sus puños como si fueran mazos. La señora Trescott apareció al instante en una de las ventanas del segundo piso. Después supo que había estado a punto de decir: "El doctor no está en casa, pero si deja su nombre, se lo haré saber en cuanto llegue".

El vocerío de Hannigan fue incoherente durante un minuto, pero ella entendió que no se trataba de crup.

"¿Qué?", dijo ella, levantando la ventana rápidamente.

"¡Su casa está en llamas! ¡Están todos ardiendo! ¡Muévanse rápido si…!". Sus gritos resonaban en la calle como si fuera una cueva de ecos. Muchos pies golpeaban rápidamente las piedras. Había un hombre que corría con una velocidad casi fabulosa. Llevaba pantalones color lavanda. Un sombrero de paja con una brillante cinta de seda estaba medio arrugado en su mano.

Cuando Henry llegó a la puerta principal, Hannigan acababa de romper la cerradura de una patada. Una espesa nube de humo se derramó sobre ellos, y Henry, agachando la cabeza, se precipitó en ella. Del clamor de Hannigan solo supo una cosa, pero lo puso azul de horror. En el vestíbulo, una lengua de fuego había encontrado la cuerda que sostenía "La Firma de la Declaración". El grabado se desplomó de repente por un extremo y luego cayó al suelo, donde estalló con el sonido de una bomba. El fuego ya rugía como un viento invernal entre los pinos.

En lo alto de las escaleras, la señora Trescott agitaba los brazos como si fueran dos juncos. "¡Jimmie! ¡Salva a Jimmie!", le gritó a Henry en la cara. Él pasó corriendo junto a ella y desapareció, tomando las rutas largamente familiares entre estas habitaciones superiores, donde una vez había ocupado el cargo de una especie de segunda asistenta.

Hannigan lo había seguido escaleras arriba y agarró el brazo de la mujer maníaca allí. Su rostro estaba negro de rabia. "¡Debe bajar!", bramó.

Ella solo le gritaba en respuesta: "¡Jimmie! ¡Jimmie! ¡Salva a Jimmie!". Pero él la arrastró hacia afuera mientras ella balbuceaba.

Mientras salían al aire libre, un hombre cruzó corriendo el césped y, agarrando una contraventana, la arrancó de sus goznes y la arrojó lejos sobre la hierba. Luego atacó frenéticamente las otras contraventanas una por una. Era una especie de locura temporal.

"¡Eh, tú!", aulló Hannigan, "sujeta a la señora Trescott... Y para...".

La noticia había sido telegrafiada por un giro de muñeca de un vecino que había ido a la caja de alarma de incendios de la esquina, y el momento en que Hannigan y su protegida salieron luchando de la casa fue el momento en que la sirena rugió su ronca llamada nocturna, golpeando a la multitud en el parque, haciendo que el director de la banda, que estaba a punto de ordenar el primer clangor triunfal de una marcha militar, dejara caer lentamente la mano hasta la rodilla.

VII

Henry avanzaba torpemente a tientas a través del humo en los pasillos superiores. Había intentado guiarse por las paredes, pero estaban demasiado calientes. El papel se estaba arrugando, y esperaba en cualquier momento que una llama brotara bajo sus manos.

"¡Jimmie!".

No llamó muy fuerte, como si temiera que las llamas zumbantes de abajo lo oyeran.

"¡Jimmie! ¡Oh, Jimmie!".

Tropezando y jadeando, llegó rápidamente a la entrada de la habitación de Jimmie y abrió la puerta de golpe. La pequeña habitación no tenía nada de humo. Estaba débilmente iluminada por una hermosa luz rosada reflejada indirectamente por las llamas que consumían la casa. Aparentemente, el ruido acababa de despertar al niño. Estaba sentado en su cama, con los labios entreabiertos y los ojos muy abiertos, mientras sobre su pequeña figura vestida de blanco jugaba acariciadoramente la luz del fuego. Al abrirse la puerta de golpe, tuvo ante sí esta aparición de su amigo, un negro aterrorizado, todo despeinado y con el pelo chamuscado, que saltó sobre él y lo levantó en una manta como si todo el asunto fuera un caso de secuestro por un terrible jefe de ladrones. Sin esperar a pasar por el habitual proceso corto pero completo de arrugar la cara, Jimmie soltó un magnífico berrido, que se asemejaba a la expresión del terror más profundo de un ternero. Mientras Johnson, llevándolo, se tambaleaba hacia el humo del pasillo, le echó los brazos

al cuello y enterró la cara en la manta. Llamó dos veces con voz ahogada: "¡Ma-má! ¡Ma-má!".

Cuando Johnson llegó a lo alto de las escaleras con su carga, dio un rápido paso hacia atrás. A través del humo que rodaba hacia él, pudo ver que el vestíbulo inferior estaba completamente en llamas. Gritó entonces con un aullido que se asemejaba al anterior logro de Jimmie. Sus piernas adquirieron una espantosa facultad de doblarse lateralmente. Balanceándose precariamente sobre estas piernas de junco, retrocedió lentamente, por el pasillo superior. Por su actitud entonces, había renunciado a casi toda idea de escapar de la casa en llamas, y con ella el deseo. Se estaba sometiendo, sometiéndose a causa de sus padres, doblegando su mente en la más perfecta esclavitud a esta conflagración.

Ahora agarraba a Jimmie tan inconscientemente como cuando, corriendo hacia la casa, había agarrado el sombrero con la brillante cinta de seda.

De repente recordó una pequeña escalera privada que conducía desde un dormitorio a un apartamento que el doctor había acondicionado como laboratorio y taller, donde dedicaba parte de su ocio, y también horas en las que podría haber estado durmiendo, a experimentos que surgían en el camino de su estudio e interés.

Cuando Johnson recordó esta escalera, la sumisión a las llamas desapareció instantáneamente. La conocía perfectamente, pero su confusión había destruido el recuerdo de ella.

En su repentina apatía momentánea había habido poco que se asemejara al miedo, pero ahora, al ocurrírsele una vía de escape, lo atrapó el viejo terror frenético. Ya no era una criatura de las llamas, y tenía miedo de la batalla con ellas. Fue un singular y rápido conjunto de alternancias en las que temió dos veces sin sumisión, y se sometió una vez sin temor.

"¡Jimmie!", gimió, mientras se tambaleaba en su camino. Deseaba que este pequeño cuerpo inanimado en su pecho participara de sus temblores. Pero el niño había permanecido lacio e inmóvil durante estas cargas y contracargas precipitadas, y no provenía de él ninguna señal.

Johnson atravesó dos habitaciones y llegó a lo alto de las escaleras. Al abrir la puerta, grandes oleadas de humo se derramaron, pero agarrando a Jimmie con más fuerza, se lanzó a través de ellas. Toda clase de olores lo

asaltaron durante esta huida. Parecían estar vivos de envidia, odio y malicia. En la entrada del laboratorio se encontró con un extraño espectáculo. La habitación era como un jardín en la región donde podrían estar ardiendo flores. Llamas de color violeta, carmesí, verde, azul, naranja y púrpura florecían por todas partes. Había una llamarada que era precisamente del tono de un delicado coral. En otro lugar había una masa que yacía simplemente en fosforescente inacción como un montón de esmeraldas. Pero todas estas maravillas se veían tenuemente a través de nubes de humo ondulante, giratorio y mortal.

Johnson se detuvo un momento en el umbral. Volvió a gritar con el lamento negro que encerraba la tristeza de los pantanos. Luego cruzó la habitación corriendo. Una llama de color naranja saltó como una pantera sobre los pantalones color lavanda. Este animal mordió profundamente a Johnson. Hubo una explosión a un lado, y de repente ante él se irguió una delicada y temblorosa forma de zafiro como una dama de cuento de hadas. Con una sonrisa tranquila, le bloqueó el paso y los condenó a él y a Jimmie. Johnson gritó y luego se agachó a la manera de su raza en las peleas. Intentó pasar por debajo de la guardia izquierda de la dama de zafiro. Pero ella era más rápida que las águilas, y sus garras se clavaron en él mientras pasaba corriendo a su lado. Inclinando la cabeza como si le hubieran golpeado el cuello, Johnson se tambaleó hacia adelante, retorciéndose de un lado a otro. Cayó de espaldas. La forma inmóvil en la manta se desprendió de sus brazos, rodó hasta el borde del suelo y debajo de la ventana.

Johnson había caído con la cabeza en la base de un escritorio anticuado. Había una hilera de frascos encima de este escritorio. En su mayor parte, permanecían en silencio en medio de este tumulto, pero había uno que parecía contener una serpiente centelleante y retorcida.

De repente, el cristal se hizo añicos, y una cosa rojiza como una serpiente derramó su gruesa longitud sobre la parte superior del viejo escritorio. Se enroscó y vaciló, y luego comenzó a nadar lánguidamente por la pendiente de caoba. En el ángulo, agitó su cabeza fundida y chisporroteante de un lado a otro sobre los ojos cerrados del hombre que estaba debajo. Luego, en un momento, con impulso místico, se movió de nuevo, y la serpiente roja fluyó directamente hacia el rostro levantado de Johnson.

Después, el rastro de esta criatura pareció apestar, y entre llamas y explosiones bajas, gotas como joyas al rojo vivo caían suavemente sobre él a intervalos pausados.

VIII

De repente, todos los caminos conducían a casa del Dr. Trescott. Toda la ciudad fluía hacia un punto. La Compañía de Mangueras Chippeway Número Uno subía desesperadamente la Cuesta de Bridge Street mientras los Tuscaroras bajaban en un impetuoso barrido por la Avenida Niágara. Mientras tanto, la máquina de los expertos en escaleras de mano de la otra orilla del arroyo giraba en su camino. El jefe del departamento de bomberos había estado jugando al póquer en la trastienda de la tabaquería de Whiteley, pero al primer soplo de la alarma saltó por la puerta como un hombre que escapa con el botín.

En Whilomville, en estas ocasiones, siempre había un número de personas que instantáneamente dirigían su atención a las campanas de las iglesias y escuelas. Las campanas no solo enfatizaban la alarma, sino que era costumbre hacer que estos sonidos rodaran por el cielo en un conmovedor estruendo de bronce hasta que las llamas fueran prácticamente vencidas. También existía una especie de rivalidad sobre qué campana debía producir el mayor estruendo. Incluso la Iglesia del Valle, a cuatro millas de distancia entre las granjas, había oído las voces de sus hermanos, e inmediatamente añadió un pequeño y pintoresco gañido.

El doctor Trescott conducía hacia casa, fumando lentamente un cigarro y sintiéndose contento de que este último caso estuviera ahora completamente bajo su dominio, como un animal salvaje que hubiera sometido, cuando oyó el largo silbido, y azuzó a su caballo bajo la impresión no autorizada pero perfectamente clara de que se había declarado un incendio en Oakhurst, un suburbio nuevo y bastante pretencioso de la ciudad que estaba al menos a

dos millas de su propia casa. Pero en la segunda explosión y en el silencio subsiguiente leyó la designación de su propio distrito. Estaba entonces a solo unas pocas manzanas de su casa. Sacó el látigo y lo apoyó ligeramente sobre la yegua. Sorprendida y asustada por esta acción extraordinaria, saltó hacia adelante, y mientras las riendas se tensaban como bandas de acero, el doctor se inclinó ligeramente hacia atrás. Cuando la yegua lo hizo girar hasta la verja cerrada, se preguntaba de quién podría ser la casa que ardía. El hombre que había hecho sonar la caja de señales le gritó algo, pero él ya lo sabía. Dejó la yegua a su aire.

Frente a su puerta había una mujer maníaca en bata. "¡Ned!", gritó al verlo. "¡Jimmie! ¡Salva a Jimmie!".

Trescott se había vuelto duro y frío.

"¿Dónde?", dijo. "¿Dónde?".

La voz de la señora Trescott empezó a burbujear. "Arriba... arriba... arriba...". Señaló las ventanas del segundo piso.

Hannigan ya estaba gritando: "¡No entres por ahí! ¡No puedes entrar por ahí!".

Trescott rodeó la esquina de la casa y desapareció de su vista. Sabía por la vista que había echado al vestíbulo principal que sería imposible subir desde allí. Sus esperanzas estaban ahora puestas en la escalera que conducía desde el laboratorio. La puerta que se abría desde esta habitación al césped estaba cerrada con un cerrojo y una cerradura, pero pateó cerca de la cerradura y luego cerca del cerrojo. La puerta, con un fuerte estruendo, se abrió de golpe. El doctor retrocedió ante la oleada de humo y luego, agachándose, entró en el jardín de flores ardientes. En el suelo, sus ojos irritados pudieron distinguir una forma en una manta humeante cerca de la ventana. Luego, mientras llevaba a su hijo hacia la puerta, vio que todo el césped parecía ahora vivo de hombres y muchachos, los líderes de la gran carga que toda la ciudad estaba realizando. Lo agarraron a él y a su carga, y lo dominaron con mantas mojadas y agua.

Pero Hannigan aullaba: "¡Johnson sigue ahí dentro! ¡Henry Johnson sigue ahí dentro! ¡Entró a por el niño! ¡Johnson sigue ahí dentro!".

Estos gritos penetraron en los somnolientos sentidos de Trescott, y luchó con sus captores, jurando, sin que él ni ellos lo supieran, todas las profundas

blasfemias de sus días de estudiante de medicina. Se puso de pie y volvió hacia la puerta del laboratorio. Intentaron retenerlo, aunque estaban muy asustados de él.

Pero un joven que era guardafrenos en el ferrocarril, y vivía en una de las calles traseras cerca de los Trescott, había entrado en el laboratorio y sacado algo que depositó en la hierba.

IX

Se oían órdenes roncas desde el frente de la casa. "¡Abrid el agua, Cinco!". "¡Dale, Uno!". La multitud congregada se balanceaba de un lado a otro. Las llamas, elevándose en lo alto, proyectaban una salvaje luz roja sobre sus rostros. Llegó el clangor de un gong desde alguna calle adyacente. La multitud exclamó al oírlo. "¡Ahí viene el Número Tres!". "¡Ese es el Tres que llega!". Una turba jadeante e irregular apareció corriendo, arrastrando un carro de mangueras. Un grito de júbilo surgió de los niños pequeños. "¡Aquí está el Tres!". Los muchachos recibieron a la Compañía de Mangueras Número Tres "Nunca Muere" como si estuviera compuesta por un carro arrastrado por una banda de dioses. Los ciudadanos sudorosos se lanzaron a la refriega. Los niños bailaban con alegría traviesa ante las demostraciones de destreza. Aclamaron la llegada del Número Dos. Dieron la bienvenida al Número Cuatro con vítores. Estaban tan profundamente conmovidos por todo este asunto que se burlaron amargamente de la tardía aparición de la compañía de ganchos y escaleras, cuyo pesado equipo casi los había detenido en la colina de Bridge Street. Los muchachos odiaban y temían un incendio, por supuesto. No querían particularmente que se quemara la casa de nadie, pero aun así era estupendo ver la reunión de las compañías, y en medio de un gran ruido observar a sus héroes realizar toda clase de prodigios.

Estaban divididos en bandos sobre el valor de las diferentes compañías, y defendían sus credos con no poca violencia. Por ejemplo, en aquella parte de la pequeña ciudad donde el Número Cuatro tenía su sede, sería muy osado para un muchacho discutir la superioridad de cualquier otra compañía.

Asimismo, en otro barrio, cuando se le preguntaba a un muchacho extraño qué compañía de bomberos era la mejor de Whilomville, se esperaba que respondiera "Número Uno". Existían enemistades por toda la ciudad, que los muchachos olvidaban y recordaban según el azar o la importancia de algún acontecimiento reciente.

No les importaba mucho John Shipley, el jefe del departamento. Era cierto que acudía a un incendio con la velocidad de un ángel caído, pero una vez allí, invariablemente caía en un cierto estado de ánimo tranquilo, que era casi una preocupación, moviéndose pausadamente alrededor de la estructura en llamas y examinándola, mientras tanto pitaba un cigarro. Este hombre tranquilo, que incluso cuando la vida estaba en peligro rara vez alzaba la voz, no era mucho de su agrado. Ahora bien, el viejo Sykes Huntington, cuando era jefe, solía bramar continuamente como un toro y gesticular en una especie de delirio. Era mucho mejor como espectáculo que este Shipley, que contemplaba un incendio con la misma firmeza con la que contemplaba una subida en un gran bote. La mayoría de los muchachos nunca pudieron entender por qué los miembros de estas compañías persistían en reelegir a Shipley, aunque a menudo fingían entenderlo, porque "Mi padre dice" era una frase muy formidable en una discusión, y los padres parecían casi unánimes en abogar por Shipley.

En este momento había una considerable discusión sobre qué compañía había conseguido el primer chorro de agua sobre el fuego. La mayoría de los muchachos afirmaban que el Número Cinco poseía esa distinción, pero había una minoría decidida que contendía por el Número Uno. Los muchachos que eran adherentes de sangre de otras compañías se veían obligados a elegir entre las dos en esta ocasión, y la conversación se acaloraba.

Pero un gran rumor corrió entre las multitudes. Se contaba en voz baja. Después, un silencio reverente cayó incluso sobre los muchachos. Jimmie Trescott y Henry Johnson habían muerto quemados, y el propio Dr. Trescott había resultado heridísimo. La multitud ni siquiera sintió a la policía empujándolos. Levantaron los ojos, brillando ahora con asombro, hacia las altas llamas.

El hombre que tenía información estaba en su mejor momento. En voz baja describió todo el asunto. "Esa era la habitación del niño, en la esquina de allí. Tenía sarampión o algo así, y este negro —Johnson— estaba cuidán-

dolo, y Johnson se durmió o algo y volcó la lámpara, y el doctor estaba abajo en su despacho, y subió corriendo, y todos se quemaron juntos hasta que los sacaron".

Otro hombre, siempre reservado para pronunciar el juicio final, decía: "Oh, morirán seguro. Hechos trizas. Sin posibilidad. Un montón de ellos. Cualquiera puede verlo". La multitud concentró su mirada aún más intensamente en estas banderas de fuego que ondeaban alegremente contra el cielo negro. Las campanas de la ciudad repicaban incesantemente.

Una pequeña procesión cruzó el césped y se dirigió hacia la calle. Había tres camillas, transportadas por doce de los bomberos. La policía se movía con severidad, pero no necesitó ningún esfuerzo por su parte para abrir paso a este lento cortejo. Los hombres que llevaban las camillas eran bien conocidos por la multitud, pero en este solemne desfile, durante el repique de las campanas y los gritos, y con el resplandor rojo en el cielo, parecían completamente extraños, y Whilomville les rindió un profundo respeto. Cada hombre en este grupo de camilleros había ganado una majestad reflejada. Eran lacayos de la muerte, y la multitud hizo una sutil reverencia a esta augusta dignidad derivada de tres tumbas futuras. Una mujer se apartó con un grito al ver el cuerpo cubierto en la primera camilla, y la gente se enfrentó a ella de repente con silenciosa y lúgubre indignación. Por lo demás, apenas se oyó un sonido mientras estos doce hombres importantes, con paso mesurado, transportaban sus cargas a través de la multitud.

Los niños pequeños ya no discutían los méritos de las diferentes compañías de bomberos. En su mayor parte, habían sido derrotados. Solo los más valientes contemplaron de cerca las tres figuras veladas con mantas amarillas.

X

El viejo juez Denning Hagenthorpe, que vivía casi enfrente de los Trescott, había abierto de par en par su puerta para recibir a la afligida familia. Cuando se supo públicamente que el doctor, su hijo y el negro seguían vivos, se necesitó un policía especialmente asignado para evitar que la gente escalara el porche delantero y entrevistara a estos heridos graves. Una anciana apareció con una cataplasma milagrosa, y citó las escrituras más condenatorias al oficial cuando este le dijo que no podía pasar. Durante toda la noche, algunos muchachos lo suficientemente mayores como para que se les concedieran privilegios o para obligar a sus madres a dárselos, permanecieron vigilantes en la acera en previsión de una muerte o algún suceso similar. El reportero del Morning Tribune acudió allí en su bicicleta cada hora hasta las tres de la madrugada.

Seis de los diez médicos de Whilomville atendieron en casa del juez Hagenthorpe.

Casi de inmediato pudieron saber que las quemaduras de Trescott no eran de vital importancia. El niño posiblemente quedaría muy marcado, pero su vida estaba indudablemente a salvo. En cuanto al negro Henry Johnson, no podría vivir. Su cuerpo estaba espantosamente abrasado, pero más que eso, ahora no tenía rostro. Su rostro simplemente se había quemado por completo.

Trescott preguntaba constantemente por los otros dos pacientes. Por la mañana parecía fresco y fuerte, así que le dijeron que Johnson estaba condenado. Entonces lo vieron moverse en la cama y se apresuraron a ver si las

vendas necesitaban reajustarse. En la repentina mirada que lanzó de uno a otro les impresionó como leonino e impracticable a la vez.

El periódico de la mañana anunció la muerte de Henry Johnson. Contenía una larga entrevista con Edward J. Hannigan, en la que este último describía detalladamente la actuación de Johnson en el incendio. También había un editorial construido con las mejores palabras del vocabulario del personal. La ciudad se detuvo en su acostumbrado camino de pensamiento y dedicó una reverente atención a la memoria de este mozo de cuadra. En el pecho de muchas personas existía el pesar de no haber sabido lo suficiente como para tenderle una mano y ayudarle cuando estaba vivo, y se juzgaron a sí mismos estúpidos y poco generosos por este fallo.

El nombre de Henry Johnson se convirtió de repente en el título de un santo para los niños pequeños. El que lo pensó primero podía, citándolo en una discusión, derrocar al instante a su antagonista, tanto si se aplicaba al tema como si no.

Negro, negro, nunca mueras,

Cara negra y ojo brillante.

Los muchachos que habían coreado esta odiosa copla a espaldas de la marcha de Johnson enterraron el hecho en el fondo de sus corazones.

Más tarde, ese mismo día, la señorita Bella Farragut, del número 7 de Watermelon Alley, anunció que se había comprometido para casarse con el señor Henry Johnson.

XI

El viejo juez tenía un bastón con empuñadura de marfil. Nunca podía pensar en su mejor momento hasta que se apoyaba ligeramente en este bastón y alisaba la blanca empuñadura con lentos movimientos de sus manos. También era para él una especie de narcótico. Si por alguna casualidad lo extraviaba, se volvía al instante muy irritable, y era probable que hablara bruscamente a su hermana, cuya incapacidad mental había soportado pacientemente durante treinta años en la vieja mansión de la calle Ontario. Ella no era en absoluto consciente de la opinión de su hermano sobre sus dotes, por lo que podría decirse que el juez había disimulado con éxito durante más de un cuarto de siglo, arriesgándose a la verdad solo en los momentos en que perdía su bastón.

Un día particular, el juez estaba sentado en su sillón en el porche. El sol se filtraba entre los arbustos de lilas y derramaba grandes monedas sobre las tablas. Los gorriones disputaban en los árboles que bordeaban las aceras. El juez reflexionaba profundamente, mientras sus manos acariciaban suavemente la empuñadura de marfil de su bastón.

Finalmente se levantó y entró en la casa, con el ceño todavía fruncido en una pensativa expresión. Su bastón golpeaba solemnemente con compases regulares. En el segundo piso entró en una habitación donde el Dr. Trescott trabajaba junto al lecho de Henry Johnson. Las vendas en la cabeza del negro solo dejaban ver una cosa, un ojo, que miraba fijamente al juez sin parpadear. Este último habló con Trescott sobre el estado del paciente. Después, evidentemente tenía algo más que decir, pero parecía impedírselo el

escrutinio del ojo que no parpadeaba, al que lanzaba miradas furtivas de vez en cuando.

Cuando Jimmie Trescott estuvo suficientemente recuperado, su madre lo había llevado a visitar a sus abuelos en Connecticut. El doctor se había quedado para cuidar de sus pacientes, pero en realidad pasaba la mayor parte del tiempo en casa del juez Hagenthorpe, donde yacía Henry Johnson. Aquí dormía y comía casi todas las comidas durante las largas noches y días de su vigilia.

En la cena, y lejos de la magia del ojo que no parpadeaba, el juez dijo de repente: "Trescott, ¿crees que es...?". Mientras Trescott esperaba expectante, el juez jugueteaba con su cuchillo. Dijo, pensativo: "Nadie quiere plantear tales ideas, pero de alguna manera creo que ese pobre hombre debería morir".

En el rostro de Trescott apareció al instante una mirada de reconocimiento, como si en esta tangente del juez viera un viejo problema. Simplemente suspiró y respondió: "¿Quién sabe?". Las palabras fueron pronunciadas en un tono profundo que les dio una especie de significado esquivo.

El juez se replegó en la fría actitud del estrado. "Quizás no podamos hablar con propiedad de este tipo de acción, pero me veo inducido a decir que estás realizando una caridad cuestionable al preservar la vida de este negro. Por lo que puedo entender, de ahora en adelante será un monstruo, un monstruo perfecto, y probablemente con el cerebro afectado. Ningún hombre puede observarte como yo te he observado y no saber que era una cuestión de conciencia para ti, pero me temo, amigo mío, que es uno de los errores de la virtud". El juez había expuesto sus puntos de vista con su habitual oratoria. Las tres últimas palabras las pronunció con particular énfasis, como si la frase fuera un descubrimiento suyo.

El doctor hizo un gesto cansado. "Él salvó la vida de mi hijo".

"Sí", dijo el juez, rápidamente, "¡sí, lo sé!".

"¿Y qué voy a hacer?", dijo Trescott, sus ojos iluminándose de repente como un estallido de turba humeante. "¿Qué voy a hacer? Se entregó por... por Jimmie. ¿Qué voy a hacer por él?".

El juez se humilló por completo ante estas palabras. Bajó los ojos por un momento. Picoteó sus pepinos.

Al poco rato se enderezó en su silla. "Será tu creación, entiéndelo. Es puramente tu creación. La naturaleza evidentemente lo ha abandonado. Está muerto. Tú lo estás devolviendo a la vida. Tú lo estás haciendo, y será un monstruo, y sin mente".

"Será lo que quiera, juez", gritó Trescott, con una furia repentina y educada. "¡Será cualquier cosa, pero, por Dios!, salvó a mi hijo".

El juez interrumpió con voz temblorosa por la emoción: "¡Trescott! ¡Trescott! ¿Acaso no lo sé?".

Trescott se había sumido en un humor hosco. "Sí, lo sabes", respondió, con acidez; "pero no sabes todo sobre el hecho de que tu propio hijo sea salvado de la muerte". Esta era una alusión perfectamente infantil a la soltería del juez. Trescott sabía que el comentario era infantil, pero parecía disfrutar desesperadamente de él.

Pero al juez le pasó completamente desapercibido. No era su punto débil.

"Estoy perplejo", dijo, sumido en profundos pensamientos. "No sé qué decir".

Trescott se había arrepentido. "No crea que no aprecio lo que dice, juez. Pero...".

"¡Por supuesto!", respondió el juez, rápidamente. "Por supuesto".

"Eso...", comenzó Trescott.

"Por supuesto", dijo el juez.

En silencio reanudaron la cena.

"Bueno", dijo el juez, finalmente, "es difícil para un hombre saber qué hacer".

"Lo es", dijo el doctor, con fervor.

Hubo otro silencio. Lo rompió el juez:

"Mira, Trescott; no quiero que pienses...".

"No, ciertamente no", respondió el doctor, con seriedad.

"Bueno, no quiero que pienses que diría algo para... Solo que pensé que podría sugerirte que... quizás... el asunto era un poco dudoso".

Con apariencia de revelar de repente su verdadera perturbación mental, el doctor dijo: "Bueno, ¿qué harías tú? ¿Lo matarías?", preguntó, abrupta y severamente.

"Trescott, tonto", dijo el anciano, con dulzura.

"Oh, bueno, lo sé, juez, pero entonces...". Se sonrojó y habló con nueva violencia: "Oiga, él salvó a mi hijo, ¿entiende? Salvó a mi hijo".

"¡Ya lo creo que sí!", gritó el juez, con entusiasmo. "¡Ya lo creo que sí!". Y permanecieron un rato mirándose el uno al otro, sus rostros iluminados por los recuerdos de cierta hazaña.

Tras otro silencio, el juez dijo: "Es difícil para un hombre saber qué hacer".

XII

Una tarde, ya anochecido, Trescott, regresando de una visita profesional, detuvo su calesín en la verja de Hagenthorpe. Ató la yegua al viejo poste cubierto de hojalata y entró en la casa. Finalmente apareció con un acompañante, un hombre que caminaba lenta y cuidadosamente, como si estuviera aprendiendo. Estaba envuelto hasta los talones en un anticuado ulster. Subieron al calesín y se marcharon.

Tras un silencio solo roto por el rápido y musical zumbido de las ruedas sobre el liso camino, Trescott habló. "Henry", dijo, "te he conseguido un hogar aquí con el viejo Alek Williams. Tendrás todo lo que quieras de comer y un buen lugar para dormir, y espero que te lleves bien allí. Pagaré todos tus gastos y vendré a verte tan a menudo como pueda. Si no te llevas bien, quiero que me lo hagas saber lo antes posible, y entonces haremos lo que podamos para mejorarlo".

La oscura figura al lado del doctor respondió con una risa alegre. "Estas ruedas de calesín no parecen como si las hubiera lavado ayer, doctor", dijo.

Trescott vaciló un momento y luego continuó con insistencia: "Te llevo con Alek Williams, Henry, y yo...".

La figura volvió a reír entre dientes. "¡No, desde luego! ¡No, señor! ¡Alek Williams no conoce un caballo! Desde luego que no. No distingue un caballo de un cerdo". La risa que siguió fue como el traqueteo de guijarros.

Trescott se volvió y miró severa y fríamente la forma borrosa en la penumbra bajo la capota del calesín. "Henry", dijo, "no dije nada sobre caba-

llos. Estaba diciendo...".

"¿Caballo? ¿Caballo?", dijo la voz temblorosa desde aquellas sombras cercanas. "¿Caballo? ¡Desde luego que no lo sé todo sobre un caballo! Desde luego que no". Hubo una risita satírica.

Al cabo de tres millas, la yegua aflojó el paso y el doctor se inclinó hacia adelante, escudriñando, mientras sujetaba firmemente las riendas. Las ruedas del calesín tropezaban a menudo con rocas salientes. Una ventana brilló, un simple cuadrado de topacio en una gran ladera negra. Cuatro perros cargaron contra el calesín con ferocidad, y cuando este no retrocedió rápidamente, rodearon valientemente los flancos, ladrando. Se abrió una puerta cerca de la ventana en la ladera, y un hombre salió y se detuvo en una playa de luz amarilla.

"¡Eh! ¡Eh! ¡Tú, Roveh! ¡Tú, Susie! ¡Venid aquí! ¡Venid aquí ahora mismo!".

Trescott llamó a través del oscuro mar de hierba: "¡Hola, Alek!".

"¡Hola!".

"Baja aquí y enséñame por dónde conducir".

El hombre se zambulló desde la playa en el oleaje, y Trescott solo pudo entonces seguir su curso por las fervientes y educadas exclamaciones de un anfitrión que se acercaba desde algún lugar. Al poco rato, Williams agarró a la yegua por la cabeza y, profiriendo gritos de bienvenida y regañando a los perros que pululaban, condujo el carruaje hacia las luces. Cuando se detuvieron en la puerta y Trescott estaba bajando, Williams gritó: "¿Se quedará quieta, doctor?".

"Se quedará quieta, pero será mejor que la sujetes un minuto. Ahora, Henry". El doctor se volvió y tendió ambos brazos hacia la oscura figura. Esta se arrastró hacia él dolorosamente como un hombre bajando una escalera. Williams se llevó la yegua para atarla a un pequeño árbol, y cuando regresó los encontró esperándolo en la penumbra más allá de los rayos de la puerta.

Estalló entonces como un sifón presionado por un pulgar nervioso. "¡Hennery! Hennery, mi viejo amigo. ¡Bueno, si no estoy contento! ¡Si no estoy contento!".

Trescott había tomado a la silenciosa figura por el brazo y la había conducido hacia la plena revelación de la luz. "Bueno, ahora, Alek, puedes llevarte a Henry y acostarlo, y por la mañana yo...".

Cerca del final de esta frase, el viejo Williams se había encontrado cara a cara con Johnson. Jadeó por un segundo, y luego lanzó el grito de un hombre apuñalado en el corazón.

Por una fracción de momento, Trescott pareció buscar epítetos. Luego rugió: "¡Viejo tonto negro! ¡Viejo negro...! ¡Cállate! ¡Cállate! ¿Me oyes?".

Williams obedeció al instante en cuanto a sus gritos, pero continuó en voz baja: "¡Dios mío, ten piedad! ¿Quién lo hubiera pensado? ¡Dios mío, ten piedad!".

Trescott volvió a hablar a la manera de un comandante de batallón. "¡Alek!".

El viejo negro volvió a rendirse, pero para sí mismo repitió en un susurro: "¡Dios mío!". Estaba horrorizado y temblando.

Mientras estos tres puntos de sombras crecientes se acercaban al umbral dorado, una robusta anciana negra apareció allí, haciendo una reverencia. "¡Buenas noches, doctor! ¡Buenas noches! ¡Entre! ¡Entre!". Evidentemente, acababa de retirarse de una tempestuosa lucha por poner la habitación en orden, pero ahora hacía reverencias rápidamente. Hacía el esfuerzo de una persona nadando.

"No se moleste, Mary", dijo Trescott, entrando. "He traído a Henry para que cuide de él, y todo lo que tiene que hacer es llevar a cabo lo que le diga". Al saber que no lo seguían, se encaró con la puerta y dijo: "Entra, Henry".

Johnson entró. "¡Uiii!", chilló la señora Williams. Casi logró dar una voltereta hacia atrás. Seis jóvenes miembros de la tribu de los Williams se lanzaron simultáneamente a buscar una posición detrás de la estufa y formaron un montón gimiente.

XIII

"Sabes muy bien que tú y tu familia vivíais normalmente con menos de tres dólares a la semana, y ahora que el doctor Trescott te paga cinco dólares a la semana por la pensión de Johnson, vivís como millonarios. No has dado un palo al agua desde que Johnson empezó a alojarse contigo —todo el mundo lo sabe—, así que, ¿de qué te quejas?".

El juez estaba sentado en su silla en el porche, acariciando su bastón y mirando al viejo Williams, que estaba de pie bajo los arbustos de lilas. "Sí, lo sé, señor juez", dijo el negro, meneando la cabeza de manera perpleja. "No es que no aprecie lo que hizo el doctor, pero... pero... bueno, ya ve, señor juez", añadió, cobrando un nuevo impulso, "es... es un trabajo duro. Este viejo nunca trabajó tan duro. Señor, no".

"No digas esas tonterías, Alek", habló el juez, bruscamente. "Nunca has trabajado de verdad en tu vida; en cualquier caso, lo suficiente para mantener a una familia de gorriones, y ahora que estás en una condición más próspera que nunca, vienes hablando como un viejo tonto".

El negro empezó a rascarse la cabeza. "Ya ve, señor juez", dijo al fin, "mi vieja mujer no puede recibir visitas de señoras, de ninguna manera".

"¡Al diablo con las visitas de señoras!", dijo el juez, irascible. "Si tienes harina en el barril y carne en la olla, tu mujer puede arreglárselas sin recibir visitas de señoras, ¿no?".

"Pero no vendrán de todos modos, señor juez", respondió Williams, con aire de estupefacción aún más profunda. "Ninguna de las amigas de mi mu-

jer ni ninguno de mis amigos se acercarán a mi residencia".

"Bueno, que se queden en casa si son gente tan tonta".

El viejo negro parecía buscar una manera de eludir este argumento, pero evidentemente, al no encontrar ninguna, estaba a punto de marcharse humildemente arrastrando los pies. Sin embargo, se detuvo. "Señor juez", dijo, "mi vieja mujer está casi loca".

"Tu vieja mujer es una idiota", respondió el juez.

Williams se acercó mucho y escudriñó solemnemente a través de una rama de lila. "Señor juez", susurró, "los niños".

"¿Qué pasa con ellos?".

Bajando la voz a profundidades fúnebres, Williams dijo: "Ellos... ellos no pueden comer".

"¡No pueden comer!", se burló el juez, en voz alta. "¡No pueden comer! Debes pensar que soy tan viejo tonto como tú. ¡No pueden comer... los pequeños bribones! ¿Qué les impide comer?".

En respuesta, Williams dijo, con énfasis lúgubre: "Hennery". Movido por una especie de satisfacción por su trágico uso del nombre, permaneció mirando al juez en busca de una señal de su efecto.

El juez hizo un gesto de irritación. "Vamos, viejo sinvergüenza, no te andes más con rodeos. ¿Qué tramas? ¿Qué quieres? Habla como un hombre y no me vengas con más de esta monserga agotadora".

"No me ando con rodeos, señor juez", respondió Williams, indignado. "No, señor; digo lo que tengo que decir directamente. Desde luego que sí".

"Bueno, dilo entonces".

"Señor juez", comenzó el negro, quitándose el sombrero y golpeándose la rodilla con él, "Dios sabe que haría casi tanto por cinco dólares a la semana como cualquier hombre de color, pero... pero este asunto es terrible, señor juez. Calculo que no ha habido sueño en... en mi casa desde que el doctor lo trajo".

"Bueno, ¿qué propones hacer al respecto?".

Williams levantó los ojos del suelo y miró a lo lejos entre los árboles. "Calculo que tengo buen apetito, y duermo como un perro, pero él... él me ha destrozado por completo. No sirve de nada, de ninguna manera. Me despierto por la noche; lo oigo, tal vez, gemir y gemir, y me escabullo y me escabullo hasta que pruebo la puerta para ver si está encerrado. Y me tiene perplejo y temblando toda la noche. No sé cómo lo haré en invierno. No puedo dejarlo salir donde están los niños. Se congelará donde está ahora". Williams pronunció estas frases como si estuviera hablando consigo mismo. Tras un silencio de profunda reflexión, continuó: "La gente anda diciendo que no es Hennery Johnson en absoluto. ¡Dicen que es un demonio!".

"¿Qué?", gritó el juez.

"Sí, señor", repitió Williams en tono de agravio, como si su veracidad hubiera sido cuestionada. "Sí, señor. Se lo digo directamente, señor juez. Mucha gente de color por mi zona dice que es un demonio".

"Bueno, tú no lo crees, ¿verdad?".

"No. No es ningún demonio. Es Hennery Johnson".

"Bueno, entonces, ¿qué te pasa? No te importa lo que diga un montón de gente tonta. Sigue atendiendo tus asuntos y no prestes atención a esas tonterías ociosas".

"Es una tontería, señor juez; pero parece un demonio".

"¿Qué te importa qué aspecto tenga?", exigió el juez.

"Mi alquiler es de dos dólares y medio al mes", dijo Williams, lentamente.

"Lo mismo podría ser de diez mil dólares al mes", respondió el juez. "De todos modos, nunca lo pagas".

"Entonces, otra cosa", continuó Williams, en su tono reflexivo. "Si estuviera bien de la cabeza, podría soportarlo; pero, señor juez, está más loco que una cabra. Luego, cuando parece un demonio, y ahuyenta a todos mis amigos, y mis hijos no pueden comer, y mi vieja mujer está armando un escándalo todo el tiempo, y mi alquiler es de dos dólares y medio al mes, y él no está bien de la cabeza, parece que cinco dólares a la semana...".

El bastón del juez golpeó el suelo del porche brusca y repentinamente. "Ahí", dijo, "pensé que a eso te referías".

Williams empezó a mover la cabeza de un lado a otro con el extraño amaneramiento racial. "Ahora espere un minuto, señor juez", dijo, a la defensiva. "No es que no aprecie lo que hizo el doctor. No es eso. El doctor Trescott es un hombre amable, y no es que no aprecie lo que hizo; pero... pero...".

"¿Pero qué? Te estás volviendo molesto, Alek. Ahora dime esto: ¿alguna vez has tenido cinco dólares a la semana regularmente antes en tu vida?".

Williams se enderezó al instante con gran dignidad, pero en la pausa posterior a esa pregunta se fue encorvando gradualmente hasta adoptar otra actitud. Al final respondió, heroicamente: "No, señor juez, no los he tenido. Y no es que esté diciendo que cinco dólares no fueran mucho dinero para un hombre como yo. Pero, señor juez, lo que un hombre debería recibir por este tipo de trabajo es un salario. Sí, señor juez", repitió, con un gran gesto imponente; "por este tipo de trabajo un hombre debería recibir un Salario". Puso un terrible énfasis en la última palabra.

El juez rio. "Conozco la opinión del Dr. Trescott sobre este asunto, Alek; y si no estás satisfecho con tu huésped, está completamente dispuesto a trasladarlo a otro lugar; así que, si quieres dejarme dicho que estás cansado del acuerdo y deseas cambiarlo, vendrá y se llevará a Johnson".

Williams volvió a rascarse la cabeza con profunda perplejidad. "Cinco dólares es un precio alto por la pensión, pero no es un precio alto por la pensión de un loco", dijo, finalmente.

"¿Qué crees que deberías recibir?", preguntó el juez.

"Bueno", respondió Alek, a la manera de alguien sumido en el equilibrio de la balanza, "parece un demonio, y ahuyenta a todo el mundo, y mis hijos no pueden comer, y yo no puedo dormir, y no está bien de la cabeza, y...".

"Ya me dijiste todas esas cosas".

Después de rascarse el pelo lanudo, golpearse la rodilla con el sombrero y mirar a lo lejos entre los árboles y hacia el suelo, Williams dijo, mientras pateaba nerviosamente la grava: "Bueno, señor juez, creo que vale...". Tartamudeó.

"¿Vale qué?".

"Seis dólares", respondió Williams, en un arrebato desesperado.

El juez se recostó en su gran sillón y realizó todos los movimientos de un hombre que ríe de buena gana, pero no emitió ningún sonido salvo una ligera tos. Williams lo había estado observando con aprensión.

"Bueno", dijo el juez, "¿llamas a seis dólares un salario?".

"No, señor", respondió Williams con prontitud. "No es un salario. ¡No, desde luego! No es un salario". Miró con cierta ira al hombre que cuestionaba su inteligencia de esta manera.

"Bueno, ¿suponiendo que tus hijos no puedan comer?".

"Yo...".

"¿Y suponiendo que parezca un demonio? ¿Y suponiendo que todas esas cosas continúen? ¿Estarías satisfecho con seis dólares a la semana?".

Los recuerdos parecieron agolparse en la mente de Williams ante estas preguntas, y respondió con duda. "Claro que un hombre que no está bien de la cabeza, y parece un demonio... Pero seis dólares...". Después de estos dos intentos de frase, Williams apareció de repente como un orador, con una gran palma brillante ondeando en el aire. "Le digo, señor juez, seis dólares son seis dólares, ¡pero si consigo seis dólares por alojar a Hennery Johnson, me los gano! ¡Me los gano!".

"No dudo que te ganes seis dólares por cada semana de trabajo que haces", dijo el juez.

"Bueno, si alojo a Hennery Johnson por seis dólares a la semana, ¡me los gano! ¡Me los gano!", gritó Williams, salvajemente.

XIV

El ayudante de Reifsnyder se había ido a cenar, y el dueño de la tienda intentaba aplacar a cuatro hombres que deseaban ser afeitados al mismo tiempo. Reifsnyder era muy locuaz, un hecho que lo hacía bastante notable entre los barberos, quienes, como clase, son austeramente silenciosos, habiendo aprendido el silencio por la martilleante reiteración de una tradición. Son los clientes quienes hablan en el curso ordinario de los acontecimientos.

Mientras Reifsnyder pasaba la navaja por la mejilla de un hombre en el sillón, se volvía a menudo para calmar la impaciencia de los otros con una conversación agradable, a la que no prestaban especial atención.

"Oh, debería haberlo dejado morir", dijo Bainbridge, un maquinista de ferrocarril, respondiendo finalmente a una de las peroratas del barbero. "¡Cállate, Reif, y sigue con tu trabajo!".

En lugar de eso, Reifsnyder detuvo el afeitado por completo y se volvió para enfrentar al que hablaba. "¿Dejarlo morir?", exigió. "¿Cómo fue eso? ¿Cómo puedes dejar morir a un hombre?".

"Dejándolo morir, zoquete", dijo el maquinista. Los otros rieron un poco, y Reifsnyder se volvió de inmediato a su trabajo, malhumorado, como un hombre abrumado por la burla de la mayoría.

"¿Cómo fue eso?", refunfuñó más tarde. "¿Cómo puedes dejar morir a un hombre cuando ha hecho tanto por ti?".

"¿'Cuando ha hecho tanto por ti'?", repitió Bainbridge. "Será mejor que afeites a algunas personas. ¿Cómo fue eso? ¿Quizás esto no es una barbería?".

Un hombre hasta entonces silencioso dijo ahora: "Si yo hubiera sido el doctor, habría hecho lo mismo".

"Por supuesto", dijo Reifsnyder. "Cualquier hombre lo haría. Cualquier hombre que no fuera como tú, tú... viejo... corazón de piedra... pescado". Había buscado las últimas palabras con doloroso esmero, y lanzó la colección triunfalmente a Bainbridge. El maquinista rio.

El hombre en el sillón se incorporó entonces más, mientras Reifsnyder comenzaba una elaborada ceremonia de ungir y peinar su cabello. Ahora libre para unirse cómodamente a la conversación, el hombre dijo: "Dicen que es la cosa más terrible del mundo. El joven Johnnie Bernard —el que conduce el carro de la tienda de comestibles— lo vio en la choza de Alek Williams, y dice que no pudo comer nada durante dos días".

"¡Caramba!", dijo Reifsnyder.

"Bueno, ¿qué lo hace tan terrible?", preguntó otro.

"Porque no tiene cara", respondieron el barbero y el maquinista a dúo.

"¿No tiene cara?", repitió el hombre. "¡Cómo puede vivir sin cara!". "No tiene cara en la parte delantera de la cabeza, en el lugar donde debería crecerle la cara".

Bainbridge cantó estos versos patéticamente mientras se levantaba y colgaba su sombrero en un gancho. El hombre en el sillón estaba a punto de abdicar en su favor. "Date prisa ahora", le dijo a Reifsnyder. "Salgo a las 7:31".

Mientras el barbero enjabonaba las mejillas del maquinista, parecía estar pensando profundamente. Entonces, de repente, estalló. "¿Cómo te gustaría no tener cara?", gritó a la concurrencia.

"Oh, si tuviera que tener una cara como la tuya...", respondió un cliente.

La voz de Bainbridge surgió de un mar de espuma. "Te quejas porque si perder caras se hiciera popular, tendrías que cerrar el negocio".

"No creo que se vuelva tan popular", dijo Reifsnyder.

"No si hay que quitarla de la forma en que se la quitaron a él", dijo otro hombre. "Preferiría conservar la mía, si no te importa".

"¡Supongo que sí!", gritó el barbero. "¡Solo piensa!".

El afeitado de Bainbridge había llegado a un momento de relativa libertad para él. "Me pregunto qué se dirá el doctor a sí mismo", observó. "Puede que lamente haberlo hecho vivir".

"Era lo único que podía hacer", respondió un hombre. Los otros parecieron estar de acuerdo con él.

"Suponiendo que estuvieras en su lugar", dijo uno, "y Johnson hubiera salvado a tu hijo. ¿Qué harías?".

"¡Ciertamente!".

"¡Por supuesto! Harías cualquier cosa en la tierra por él. Te tomarías todas las molestias del mundo por él. Y gastarías tu último dólar en él. Bueno, ¿entonces?".

"Me pregunto cómo se siente no tener cara", dijo Reifsnyder, pensativo.

El hombre que había hablado antes, sintiendo que se había expresado bien, repitió todo el asunto. "Harías cualquier cosa en la tierra por él. Te tomarías todas las molestias del mundo por él. Y gastarías tu último dólar en él. Bueno, ¿entonces?".

"No, pero mira", dijo Reifsnyder; "¡suponiendo que no tengas cara!".

XV

Tan pronto como Williams se ocultó de la vista del viejo juez, comenzó a gesticular y a hablar solo. Evidentemente, una euforia había penetrado en sus entrañas y le hacía dilatarse como si se hubiera llenado de gas. Chasqueaba los dedos en el aire y silbaba fragmentos de música triunfal. A veces, en su avance hacia su choza, se permitía un movimiento arrastrado que en realidad era un baile. Del monólogo intermedio se deducía que había salido de sus pruebas laureado y orgulloso. Era el inconquistable Alexander Williams. Nada podía superar la audaz confianza en sí mismo de su porte. Su andar regio, su canto heroico, el florido desdén de sus manos: todo denotaba a un hombre que había desafiado con éxito al mundo.

En su camino vio a Zeke Paterson que venía al pueblo. Se saludaron a una distancia de cincuenta yardas.

"¿Cómo está, hermano Paterson?".

"¿Cómo está, hermano Williams?".

Ambos eran diáconos.

"¿Está bien su familia, hermano Paterson?".

"Regular, regular. ¿Cómo está su familia, hermano Williams?".

Ninguno de los dos había disminuido su paso en lo más mínimo. Simplemente habían comenzado esta conversación cuando un espacio considerable los separaba, la continuaron al pasar y añadieron preguntas corteses mientras se alejaban constantemente. La mente de Williams parecía un globo. Se había inflado tanto que no se había dado cuenta de que Paterson se había

desviado decididamente hacia la zanja seca cuando llegaron al punto de contacto habitual.

Después, mientras seguía un camino solitario, estalló de nuevo en cantos y celebraciones pantomímicas de su estado. Sus pies se movían con pasos saltarines.

Cuando avistó su cabaña, los campos estaban bañados por un crepúsculo azul, y la luz de la ventana era pálida. Haciendo cabriolas y gesticulando, contempló con alegría durante unos momentos esta luz. Entonces, de repente, otra idea pareció atacar su mente, y se detuvo, con aire de haberse desanimado de repente. Al final se acercó a su casa como si fuera la fortaleza de un enemigo.

Unos perros disputaron su avance durante un ruidoso momento, y luego, al descubrir a su señor, se escabulleron avergonzados. Sus reproches se dirigieron a ellos en tono ahogado.

Al llegar a la puerta, la empujó con la timidez de un ladrón novato. Asomó la cabeza con cautela de lado, y sus ojos se encontraron con los de su esposa, que estaba sentada junto a la mesa, la luz de la lámpara definiendo la mitad de su rostro. "¡Chist!", dijo, inútilmente. Su mirada viajó rápidamente hacia la puerta interior que protegía el único dormitorio. Los negritos, esparcidos por el suelo de la sala de estar, roncaban suavemente. Después de una comida abundante, se habían dispersado rápidamente por el lugar y se habían dormido. "¡Chist!", dijo Williams de nuevo a su esposa inmóvil y silenciosa. Solo había dejado asomar la cabeza. Su esposa, con una mano en el borde de la mesa y la otra en la rodilla, lo miraba con los ojos muy abiertos y los labios entreabiertos como si fuera un espectro. Parecía alguien que vivía aterrorizada, e incluso el rostro familiar en la puerta la había estremecido porque había llegado de repente.

Williams rompió el tenso silencio. "¿Está bien?", susurró, dirigiendo la mirada hacia la puerta interior. Siguiendo su mirada tímidamente, su esposa asintió, y en voz baja respondió:

"Calculo que ya se durmió".

Williams entonces se deslizó silenciosamente a través de su umbral.

Levantó una silla y, con infinito cuidado, la colocó de manera que quedara frente a la temida puerta interior. Su esposa se movió ligeramente, para

también enfrentarla directamente. Un silencio cayó sobre ellos en el que parecían estar esperando una calamidad, resonante y mortal.

Williams finalmente tosió detrás de su mano. Su esposa se sobresaltó y lo miró alarmada. "Parece que se va a quedar callado esta noche", respiró él. Continuamente dirigían sus palabras y sus miradas hacia la puerta interior, rindiéndole el homenaje debido a un cadáver o un fantasma. Otro largo silencio siguió a esta frase. Sus ojos brillaban blancos y desorbitados. Un carro traqueteó por el camino distante. Desde sus sillas miraron hacia la ventana, y el efecto de la luz en la cabaña era la presentación de una noche intensamente negra y solemne. La anciana adoptó la actitud que siempre se usaba en la iglesia en los funerales. A veces parecía estar a punto de romper a rezar.

"Está muy callado esta noche", susurró Williams. "¿Se portó bien hoy?". Como respuesta, su esposa levantó los ojos al techo en la súplica de Job. Williams se movió inquieto. Finalmente, caminó de puntillas hasta la puerta. Se arrodilló lentamente y sin hacer ruido, y acercó la oreja al ojo de la cerradura. Al oír un ruido detrás de él, se volvió rápidamente. Su esposa lo miraba horrorizada. Estaba de pie frente a la estufa, y sus brazos estaban extendidos en el movimiento natural para proteger a todos sus patitos dormidos.

Pero Williams se levantó sin haber tocado la puerta. "Calculo que está dormido", dijo, jugueteando con su pelo. Debatió consigo mismo durante algún tiempo. Durante este intervalo, su esposa permaneció como una gran estatua gorda de una madre protegiendo a sus hijos.

Era evidente que su mente fue barrida de repente por una ola de temeridad. Con un paso sonoro, se dirigió hacia la puerta. Sus dedos estaban casi sobre el pomo cuando rápidamente se agachó y esquivó, llevándose las manos a la nuca. Era como si el portal lo hubiera amenazado. Hubo un pequeño tumulto cerca de la estufa, donde la desesperada retirada de la señora Williams había hecho que sus pies se enredaran con los niños postrados.

Después del pánico, Williams mostró rastros de un sentimiento de vergüenza. Volvió a la carga. Agarró firmemente el pomo con la mano izquierda, y con la otra mano giró la llave en la cerradura. Empujó la puerta, y mientras esta se abría portentosamente, saltó ágilmente a un lado como el esclavo temeroso que libera al león. Cerca de la estufa se había formado un

grupo, la madre aterrorizada, con los brazos extendidos, y los niños despiertos agarrados frenéticamente a sus faldas.

La luz entró a raudales tras la puerta que se abría, y descubrió una habitación de seis pies de largo por seis pies de ancho. Era lo suficientemente pequeña como para que el resplandor la iluminara por completo. Williams escudriñó con cautela la esquina formada por el quicio de la puerta.

De repente avanzó, retrocedió y avanzó de nuevo con un aullido. Su familia paralizada había esperado que saltara hacia atrás, y ante su aullido se amontonaron maravillosamente. Pero Williams simplemente se quedó en la pequeña habitación emitiendo sus aullidos ante una ventana abierta. "¡Se ha ido! ¡Se ha ido! ¡Se ha ido!". Su ojo y su mano habían comprobado rápidamente el hecho. Incluso había abierto de golpe un pequeño armario.

Al poco rato salió volando. Agarró su sombrero y empujó la puerta exterior haciéndola golpear contra sus goznes. Luego se precipitó de cabeza en la noche. Gritaba: "¡Doctor Trescott! ¡Doctor Trescott!". Corrió salvajemente por los campos y galopó en dirección al pueblo. Continuó llamando a Trescott, como si este último estuviera al alcance del oído. Era como si Trescott estuviera suspendido en el cielo contemplativo sobre el negro que corría, y pudiera escuchar esta voz que llegaba: "¡Doctor Trescott!".

En la cabaña, la señora Williams, apoyada por relevos del batallón de niños, permaneció vigilando temblorosa hasta que la verdad de la luz del día llegó como un refuerzo y los convirtió en niños arrogantes, pavoneándose, fanfarrones, y en una madre que proclamaba su coraje ilimitable.

XVI

Theresa Page estaba dando una fiesta. Era el resultado de una larga serie de discusiones dirigidas a su madre, que habían sido escuchadas en parte por su padre. Él finalmente había dicho cinco palabras: "Oh, déjala que la tenga". La madre entonces había capitulado gustosamente.

Theresa había escrito diecinueve invitaciones y las había distribuido en el recreo a sus compañeras de escuela. Más tarde, su madre había preparado cinco grandes pasteles, y aún más tarde una gran cantidad de limonada.

Así que las nueve niñas y los diez niños se sentaron con bastante formalidad en el comedor, mientras Theresa y su madre les ofrecían pastel y limonada, y también helado. Esta formalidad resultaba ahora bastante extraña en ellos. Se debía a la presencia de la señora Page. Anteriormente, en el salón, solos con sus juegos, habían volcado una silla; los niños habían dejado brillar más o menos su espíritu gamberro. Pero cuando las circunstancias podían magnificarse posiblemente para justificarlo, las niñas convertían a los niños en víctimas de un orgullo insufrible, despreciándolos sin piedad. Así que en el comedor se parecían a una clase de escuela dominical, si no fuera por las sonrisas subterráneas, los gestos, los desaires y los pucheros que marcaban el asunto como una fiesta infantil.

Dos niñas pequeñas de esta reunión sosegada estaban sentadas en un banco con la espalda hacia la amplia ventana. Se sonreían cariñosamente la una a la otra con un efecto de desprecio hacia los niños.

Al oír un ruido detrás de ella en la ventana, una niña se giró para enfrentarlo. Al instante gritó y saltó lejos, cubriéndose la cara con las manos.

"¿Qué fue? ¿Qué fue?", gritaron todos a coro. Un ligero movimiento de los ojos de la niña llorosa y temblorosa informó a la compañía que se había asustado por una aparición en la ventana. De inmediato, todos se enfrentaron a la imperturbable ventana, y por un momento hubo silencio. Un muchacho astuto hizo un censo inmediato de los otros muchachos. La broma de escabullirse y aparecer espectralmente en una ventana era demasiado venerable. Pero los niños pequeños estaban todos presentes y asombrados.

Al recuperar la compostura, lanzaron gritos de guerra y, por una puerta lateral, salieron rápidamente contra el terror. Competían entre sí en osadía.

Nadie deseaba particularmente encontrarse con un dragón en la oscuridad del jardín, pero no podía haber vacilación cuando las hermosas estaban presentes en el comedor. Llamándose unos a otros con voces severas, recorrieron el césped como dragones, atacando las sombras con ferocidad, pero aún con la cautela de seres razonables. Sin embargo, no encontraron nada nuevo para la paz de la noche. Por supuesto, hubo un muchacho que contó una gran mentira. Describió una figura sombría, agachándose y escabulléndose a lo largo de la valla. Dio una serie de detalles, haciendo su mentira más espléndida mediante la repetición de ciertas formas que recordaba de las novelas. Por ejemplo, insistió en que había oído a la criatura emitir una risa hueca.

Dentro de la casa, la niña que había dado la alarma seguía temblando y llorando. Con la mayor dificultad fue llevada a un estado aproximado de calma por la señora Page. Entonces quiso irse a casa de inmediato.

Page entró en la casa en ese momento. Se había exiliado hasta que concluyó que esta fiesta infantil había terminado y se había ido. Se vio obligado a acompañar a la niña a casa porque volvió a gritar cuando abrieron la puerta y vio la noche.

Ni siquiera fue coherente con su madre. ¿Era un hombre? No lo sabía. Era simplemente una cosa, una cosa espantosa.

XVII

En Watermelon Alley, los Farragut pasaban la velada como de costumbre en el pequeño y destartalado porche. A veces aullaban chismes a otras personas en otros porches destartalados. El delgado lamento de un bebé surgía de una casa cercana. Un hombre tuvo un terrible altercado con su esposa, al que el callejón no prestó la menor atención.

De repente apareció ante los Farragut un monstruo haciendo una reverencia baja y amplia. Hubo una pausa instantánea, y luego ocurrió algo que se asemejó al efecto de un levantamiento de la superficie terrestre. La anciana se arrojó hacia atrás con un grito espantoso. El joven Sim había estado encaramado graciosamente en una barandilla. Al ver al monstruo, simplemente cayó al suelo. No emitió ningún sonido, sus ojos sobresalían, sus manos inertes intentaron agarrar la barandilla para evitar una caída, y luego desapareció. Bella, lloriqueando, y con el pelo repentina y misteriosamente despeinado, gateaba con las manos y las rodillas temerosa escaleras arriba.

De pie ante este desastre de reunión familiar, el monstruo continuó haciendo reverencias. Incluso levantó una garra en señal de disculpa. "No se moleste por mí, señorita Fa'gut", dijo, cortésmente. "No, desde luego. Solo pasaba a preguntar si está usted bien esta noche, señorita Fa'gut. No se moleste. No, desde luego. Le voy a pedir que vaya a un baile conmigo, señorita Fa'gut. Le pregunto si puedo tener la magnífica gratitud de su compañía en esa ocasión, señorita Fa'gut".

La muchacha lanzó una mirada miserable detrás de ella. Seguía gateando para alejarse. En el suelo, junto al porche, el joven Sim emitió un extraño

balido, que expresaba tanto su susto como su falta de aliento. Al poco rato, el monstruo, con un elegante contoneo, subió los escalones tras la muchacha.

Ella se arrastró a un rincón de la habitación mientras la criatura tomaba una silla. Se sentó muy elegantemente en el borde. Sostenía una vieja gorra con ambas manos. "No se moleste, señorita Fa'gut. No se moleste. No, desde luego. Solo pasaba a preguntarle si no me haría el honor de aceptar mi humilde invitación a un baile, señorita Fa'gut".

Ella se cubrió los ojos con los brazos e intentó pasar gateando junto a él, pero el genial monstruo le bloqueó el camino. "Solo pasaba a preguntarle sobre un baile, señorita Fa'gut. Le pregunto si puedo tener la magnífica gratitud de su compañía en esa ocasión, señorita Fa'gut".

En un último estallido de desesperación, la muchacha, temblando y gimiendo, se arrojó boca abajo al suelo, mientras el monstruo permanecía sentado en el borde de la silla farfullando corteses invitaciones y sujetando delicadamente el viejo sombrero contra su estómago.

En la parte trasera de la casa, la señora Farragut, que era de enorme peso y que durante ocho años había hecho poco más que sentarse en un sillón y describir sus diversas dolencias, había escalado con rapidez y agilidad una alta valla de tablas.

XVIII

Apenas se había enfriado la masa negra en medio de la propiedad de Trescott cuando los constructores ya estaban trabajando en otra casa. Había surgido a una velocidad fabulosa. Era como una composición mágica nacida de las cenizas. El despacho del doctor fue la primera parte en completarse, y ya había trasladado sus nuevos libros, instrumentos y medicinas.

Trescott estaba sentado ante su escritorio cuando llegó el jefe de policía. "Bueno, lo encontramos", dijo este último.

"¿De verdad?", gritó el doctor. "¿Dónde?".

"Deambulando por las calles al amanecer de esta mañana. Que me aspen si puedo averiguar dónde pasó la noche".

"¿Dónde está ahora?".

"Oh, lo metimos en la cárcel. No sabía qué más hacer con él. Eso es lo que quiero que me digas. Por supuesto, no podemos retenerlo. No se podría presentar ningún cargo, ya sabes".

"Bajaré a buscarlo".

El oficial sonrió retrospectivamente. "Debo decir que tuvo una buena racha mientras estuvo fuera. Lo primero que hizo fue interrumpir una fiesta infantil en casa de los Page. Luego fue a Watermelon Alley. ¡Uf! Estampó a toda la pandilla. Hombres, mujeres y niños corriendo en tropel y gritando. Dicen que una anciana se rompió una pierna, o algo así, al saltar una valla. Luego salió directamente a la calle principal, y una chica irlandesa tuvo un ataque, y hubo una especie de disturbio. Empezó a correr, y una gran multi-

tud lo persiguió, tirándole piedras. Pero de alguna manera se les escurrió por allí, por la fundición y en el patio del ferrocarril. Lo buscamos toda la noche, pero no pudimos encontrarlo".

"¿Le hicieron daño? ¿Alguien le tiró una piedra?".

"Supongo que ya no le queda mucho que herir, ¿verdad? Supongo que ya ha sido herido hasta el límite. No. Nunca lo tocaron. Por supuesto, nadie quería realmente pegarle, pero ya sabes cómo se pone una multitud. Es como... es como...".

"Sí, lo sé".

Por un momento, el jefe de policía miró reflexivamente al suelo. Luego habló con vacilación. "Sabes que la niña de Jake Winter fue la que asustó en la fiesta. Dicen que está bastante enferma".

"¿Ah, sí? Vaya, no me llamaron. Siempre atiendo a la familia Winter".

"¿No? ¿No lo hicieron?", preguntó el jefe, lentamente. "Bueno... ya sabes... Winter está... bueno, Winter se ha vuelto completamente loco con este asunto. Quería... quería que te arrestaran".

"¿Arrestarme a mí? ¡El idiota! ¿Por qué demonios podría arrestarme?".

"Por supuesto. Es un tonto. Le dije que mantuviera la boca cerrada. Pero ya sabes cómo irá por toda la ciudad ladrando sobre el asunto. Pensé que sería mejor avisarte".

"Oh, no tiene importancia; pero, por supuesto, te estoy agradecido, Sam".

"Está bien. Bueno, bajarás esta noche y te lo llevarás, ¿eh? El carcelero te dará una buena bienvenida. No le gusta nada su trabajo. Dice que puedes llevarte a tu hombre cuando quieras. No le sirve para nada".

"Pero, ¿qué es eso de que Winter quiere que me arresten?".

"Oh, es un montón de palabrería sobre que no tienes derecho a permitir que este... este... este hombre ande suelto. Pero le dije que se ocupara de sus propios asuntos. Solo pensé que sería mejor que lo supieras. Y bien podría decir ahora mismo, doctor, que se habla mucho de este asunto. Si yo fuera tú, iría a la cárcel bastante tarde por la noche, porque es probable que haya una multitud alrededor de la puerta, y traería una... eh... máscara, o algún tipo de velo, de todos modos".

XIX

Martha Goodwin era soltera y ya bien entrada en los años flacos. Vivía con su hermana casada en Whilomville. Realizaba casi todas las tareas domésticas a cambio del privilegio de existir. Todos reconocían tácitamente su trabajo como una forma de penitencia por el temprano fin de su prometido, que había muerto de viruela, la cual no le había contagiado ella.

Pero a pesar del extenuante e incesante trabajo diario de su vida, era una mujer de gran inteligencia. Tenía opiniones adamantinas sobre la situación en Armenia, la condición de las mujeres en China, el coqueteo entre la señora Minster de la Avenida Niágara y el joven Griscom, el conflicto en la clase de Biblia de la escuela dominical bautista, el deber de los Estados Unidos hacia los insurgentes cubanos y muchos otros asuntos colosales. Su experiencia más completa de la violencia la obtuvo en una ocasión en que había visto apalear a un perro de caza, pero en el plan que había trazado para la reforma del mundo abogaba por medidas drásticas. Por ejemplo, sostenía que todos los turcos debían ser arrojados al mar y ahogados, y que la señora Minster y el joven Griscom debían ser ahorcados uno al lado del otro en horcas gemelas. De hecho, esta mujer de paz, que solo había visto la paz, abogaba constantemente por un credo de ferocidad ilimitada. Era invulnerable en estas cuestiones, porque finalmente arrollaba a todos los oponentes con un resoplido. Este resoplido era una fuerza activa. Para sus antagonistas era como un golpe en la cabeza, y no se sabía de nadie que se recuperara de esta expresión de exaltado desprecio. Los dejaba sin aliento y conquistados. Nunca más se presentaron como candidatos a la supresión. Y

Martha caminaba por su cocina con el ceño severo, un ser invencible como Napoleón.

Sin embargo, sus conocidos, por el dolor de sus derrotas, llevaban mucho tiempo en secreta rebelión. No era en modo alguno una conspiración, porque no les importaba declarar su rebelión abierta, pero sin embargo se entendía que cualquier mujer que no pudiera coincidir con una de las afirmaciones de Martha tenía derecho al apoyo de otras en el pequeño círculo. Equivalía a un acuerdo por el cual todas estaban obligadas a no creer ninguna teoría por la que Martha luchara. Esto, sin embargo, no les impedía hablar de su inteligencia con profundo respeto.

Dos personas soportaban el peso de su habilidad. Su hermana Kate le tenía visiblemente miedo, mientras que Carrie Dungen cruzaba desde su cocina para sentarse respetuosamente a los pies de Martha y aprender los asuntos del mundo. Cierto es que después, bajo otro sol, siempre se reía de Martha y fingía ridiculizar sus ideas, pero en presencia de la soberana siempre permanecía en silencio o admirada. Kate, la hermana, no tenía ninguna importancia. Su principal engaño era que ella hacía todo el trabajo en las habitaciones de arriba de la casa, mientras que Martha lo hacía abajo. La verdad solo la veía el marido, que trataba a Martha con una amabilidad que era mitad broma, mitad deferencia. La propia Martha no sospechaba que era el único pilar del edificio doméstico. La situación carecía de definiciones. Martha hacía definiciones, pero las dedicaba enteramente a los armenios y a Griscom y a los chinos y a otros temas. Sus sueños, que en sus primeros días habían sido de amor, de prados y la sombra de los árboles, del rostro de un hombre, ahora estaban involucrados de otra manera, y se acompañaban curiosamente en la cocina: Cuba, la tetera de agua caliente, Armenia, el lavado de los platos, y todo ello mezclado. Con respecto a las faltas sociales, ella, que era simplemente el mausoleo de una pasión muerta, era probablemente la crítica más salvaje de la ciudad. Esta mujer desconocida, escondida en una cocina como en un pozo, seguramente tendría un efecto considerable de un tipo u otro en la vida de la ciudad. Cada vez que esta se movía una yarda, ella había contribuido personalmente con una pulgada. Podía golpear tan fuertemente la puerta de una proposición que esta se rompería de sus goznes y caería sobre ella, pero en cualquier caso se movía. Era una máquina, y el hecho de que no supiera que era una máquina contribuía en gran medida al efecto. Una razón por la que era formidable era que ni si-

quiera imaginaba que lo fuera. Seguía siendo una criatura débil, inocente y testaruda, que sola desafiaría al universo si pensara que el universo merecía este proceder.

Un día, Carrie Dungen cruzó desde su cocina a toda prisa. Tenía mucho que contar. "¡Oh!", gritó, "Henry Johnson se escapó de donde lo tenían, y vino al pueblo anoche, y asustó a todo el mundo casi hasta la muerte".

Martha estaba abrillantando una palangana, puliendo como loca. Ninguna persona razonable podía ver causa para esta operación, porque la palangana ya relucía como la plata. "¡Bueno!", exclamó. Imprimió a la palabra un profundo significado. "Esto, mi profecía, se ha cumplido". Era una costumbre.

El exceso de información ahogaba a Carrie. Antes de poder continuar, se vio obligada a luchar por un momento. "Y, oh, la pequeña Sadie Winter está terriblemente enferma, y dicen que Jake Winter anduvo por aquí esta mañana tratando de que arrestaran al doctor Trescott. Y la pobre vieja señora Farragut se torció el tobillo tratando de saltar una valla. Y hay una multitud alrededor de la cárcel todo el tiempo. Metieron a Henry en la cárcel porque no sabían qué más hacer con él, supongo. Dicen que es perfectamente terrible".

Martha finalmente soltó la palangana y se enfrentó a la precipitada interlocutora. "¡Bueno!", dijo de nuevo, sosteniendo un gran trapo marrón. Kate había oído a la recién llegada excitada, y bajó de la novela en su habitación. Era una mujercita temblorosa. Sus omóplatos parecían dos placas de hielo, pues se encogía de hombros constantemente. "Bien merecido se lo tiene si pierde a todos sus pacientes", dijo de repente, en tono sanguinario. Recortaba sus palabras como si sus labios fueran tijeras.

"Bueno, es probable que lo haga", gritó Carrie Dungen. "¿No dice mucha gente que ya no lo querrán? Si estás enfermo y nervioso, el doctor Trescott te sacaría el alma del cuerpo, ¿no? A mí sí. No dejaría de pensarlo".

Martha, paseándose de un lado a otro, a veces observaba a las otras dos mujeres con el ceño fruncido y contemplativo.

XX

Tras el regreso de Connecticut, el pequeño Jimmie al principio tuvo mucho miedo del monstruo que vivía en la habitación sobre la cochera. No podía identificarlo de ninguna manera. Gradualmente, sin embargo, su miedo disminuyó bajo la influencia de una extraña fascinación. Se fue acercando sigilosamente cada vez más a él.

Una vez, el monstruo estaba sentado en una caja detrás del establo, tomando el sol de la tarde. Un pesado velo de crepé le envolvía la cabeza.

El pequeño Jimmie y muchos compañeros doblaron la esquina del establo. Todos pertenecían a lo que popularmente se conocía como la clase de los pequeños y, en consecuencia, salían de la escuela media hora antes que los demás niños. Se detuvieron bruscamente al ver la figura en la caja. Jimmie agitó la mano con aire de propietario.

"Ahí está", dijo.

"¡Ooooh!", murmuraron todos los niños pequeños, "¡ooooh!". Retrocedieron y se agruparon según su valor o experiencia, mientras al oír el sonido el monstruo giraba lentamente la cabeza. Jimmie se había quedado solo en la vanguardia. "¡No tengáis miedo! No dejaré que os haga daño", dijo, encantado.

"¡Bah!", respondieron ellos, con desdén. "No tenemos miedo".

Jimmie parecía cosechar todas las alegrías del dueño y exhibidor de una de las maravillas del mundo, mientras su audiencia permanecía a distancia: asombrada y embelesada, temerosa y envidiosa.

Uno de ellos se dirigió a Jimmie con tristeza. "A que no te atreves a acercarte a él". Era un niño mayor que Jimmie, y habitualmente lo oprimía en pequeña medida. Esta nueva elevación social del niño más pequeño probablemente le pareció revolucionaria.

"¡Bah!", dijo Jimmie, con profundo desprecio. "¿A que no me atrevo? ¿A que no me atrevo, eh? ¿A que no me atrevo?".

El grupo estaba inmensamente excitado. Dirigió sus ojos hacia el niño al que Jimmie se dirigía. "No, no te atreves", dijo él, impasible, enfrentándose a una derrota moral. Podía ver que Jimmie estaba decidido. "No, no te atreves", repitió, obstinadamente.

"¡Jo!", gritó Jimmie. "¡Mira! ¡Solo mira!".

En medio de un silencio, se giró y marchó hacia el monstruo. Pero posiblemente la palpable cautela de sus compañeros tuvo un efecto sobre él que pesó más que su experiencia previa, pues de repente, cerca del monstruo, se detuvo dubitativo. Pero sus compañeros de juego inmediatamente lanzaron un grito de burla, y pareció obligarlo a avanzar. Se acercó al monstruo y le puso delicadamente la mano en el hombro. "Hola, Henry", dijo, con una voz que temblaba un poco. El monstruo tarareaba una extraña melodía negra que apenas era más que un hilo de sonido, y no prestó atención al niño.

Jimmie regresó pavoneándose hacia sus compañeros. Lo aclamaron y abuchearon a su oponente. En medio de este clamor, el niño mayor conservó con dificultad una actitud digna.

"¿A que no me atrevía, eh?", le dijo Jimmie. "Ahora, tú que eres tan listo, ¡a ver si lo haces!".

Este desafío provocó renovadas burlas de los demás. El niño mayor infló las mejillas. "Bueno, no tengo miedo", explicó, malhumorado. Había cometido un error diplomático, y ahora sus pequeños enemigos estaban haciendo trizas su prestigio a su alrededor. Cacareaban como gallos y balaban como corderos, y hacían muchos otros ruidos que se suponía que lo enterrarían en el ridículo y la deshonra. "Bueno, no tengo miedo", continuó explicando entre el estruendo.

Jimmie, el héroe de la turba, fue despiadado. "¿No tienes miedo, eh?", se burló. "Si no tienes miedo, hazlo entonces".

"Bueno, lo haría si quisiera", replicó el otro. Sus ojos tenían una expresión de profunda miseria, pero conservaba firmemente otras partes de un aire de falsa valentía. De repente se enfrentó a uno de sus perseguidores. "Si eres tan listo, ¿por qué no lo haces tú?". Este perseguidor se hundió rápidamente a través del grupo hasta la retaguardia. El incidente le dio al acosado un respiro, y por un momento incluso desvió la burla en otra dirección. Aprovechó su intervalo. "Lo haré si alguien más lo hace", anunció, pavoneándose de un lado a otro.

No se presentaron candidatos para la aventura. Para defenderse de esta contracarga, los otros niños volvieron a cacarear y balar. Durante un rato no oirían nada de él. Cada vez que abría los labios, su coro de ruidos hacía imposible la oratoria. Pero al fin pudo repetir que se ofrecería voluntario para atreverse tanto en el asunto como cualquier otro niño.

"¡Bueno, tú ve primero!", gritaron.

Pero Jimmie intervino para volver a dirigir a la plebe contra el niño grande. "¿Eres muy valiente, verdad?", le dijo. "Me desafiaste a hacerlo, y lo hice, ¿no? Ahora, ¿quién tiene miedo?". Los otros vitorearon ruidosamente este punto de vista, e instantáneamente reanudaron el acoso al niño grande.

Él, avergonzado, se rascó la espinilla izquierda con el pie derecho. "Bueno, no tengo miedo". Lanzó una mirada al monstruo. "Bueno, no tengo miedo". Con una mirada de odio a sus chillones atormentadores, finalmente anunció una sombría intención. "Bueno, lo haré entonces, ya que sois tan frescos. ¡Ahora!".

La turba se calmó mientras él, con semblante formidable, se volvía hacia la figura impasible en la caja. El avance fue también una progresión regular desde una gran osadía hasta una cobarde vacilación. Finalmente, a unas yardas del monstruo, el muchacho se detuvo en seco, como si se hubiera encontrado con un muro de piedra. Los observadores niños pequeños en la distancia abuchearon rápidamente. Picado de nuevo por estos gritos, el muchacho se deslizó dos yardas hacia adelante. Estaba agazapado como un gato joven listo para saltar hacia atrás. La multitud en la retaguardia, comenzando a respetar esta exhibición, lanzó algunos gritos de ánimo. De repente, el muchacho se recompuso, hizo una carrera blanca y desesperada hacia adelante, tocó el hombro del monstruo con un dedo muy extendido y

huyó a toda velocidad, mientras su risa resonaba salvaje, estridente y exultante.

La multitud de muchachos lo reverenció al instante, y comenzó a congregarse en su campamento, a mirarlo y a ser sus admiradores. Jimmie se sintió desconcertado por un momento, pero él y el niño mayor, sin acuerdo ni palabra de ningún tipo, parecieron reconocer una tregua, y rápidamente se combinaron y comenzaron a desfilar ante los demás.

"Vaya, es tan fácil como nada", resopló el niño mayor. "¿Verdad, Jim?".

"Claro", sopló Jimmie. "Vaya, es tan fá-á-ácil".

Eran gente de otra clase. Si hubieran sido condecorados por su valor en doce campos de batalla, no podrían haber hecho que los otros niños se avergonzaran más de la situación.

Mientras tanto, se dignaron a explicar las emociones de la excursión, expresando un desprecio absoluto por cualquiera que pudiera quedarse atrás. "Vaya, no es nada. No te hará nada", les dijeron a los otros, en tono de exasperación.

Uno de los niños más pequeños del grupo mostró signos de un anhelante deseo de distinguirse, y ellos dirigieron su atención hacia él, empujándolo por los hombros mientras él se apartaba de ellos y vacilaba soñadoramente. Finalmente fue inducido a realizar una expedición furtiva, pero solo por unas pocas yardas. Luego se detuvo, inmóvil, mirando con la boca abierta. Las vociferantes súplicas de Jimmie y el niño grande no tuvieron poder sobre él.

La señora Hannigan había salido a su porche trasero con un cubo de agua. Desde este ventajoso lugar tenía una vista de la parte aislada de los terrenos de Trescott que estaba detrás del establo. Percibió al grupo de niños y al monstruo en la caja. Se cubrió los ojos con la mano para mejorar su visión. Entonces chilló como si la estuvieran asesinando. "¡Eddie! ¡Eddie! ¡Ven a casa ahora mismo!".

Su hijo preguntó malhumorado: "Ay, ¿para qué?".

"Ven a casa ahora mismo. ¿Me oyes?".

Los otros niños parecieron pensar que esta visita a uno de los suyos les exigía conservar por un tiempo el aire de perro apaleado de una colección

de culpables, y permanecieron en culpable silencio hasta que el pequeño Hannigan, protestando airadamente, fue empujado a través de la puerta de su casa. La señora Hannigan lanzó una mirada penetrante sobre el grupo, miró con cara amarga la casa de Trescott, como si este nuevo y hermoso edificio la estuviera insultando, y luego siguió a su hijo.

Hubo vacilación en el grupo. Una incursión de una madre siempre les hacía barrer cuidadosamente el horizonte para ver si venían más. "Este es mi patio", dijo Jimmie, orgulloso. "No tenemos que irnos a casa".

El monstruo en la caja había vuelto su negro rostro de crepé hacia el cielo y agitaba los brazos al compás de un canto religioso. "¡Miradlo ahora!", gritó un niño pequeño. Se volvieron y quedaron transfigurados por la solemnidad y el misterio de los gestos indefinibles. El lamento de la melodía era lúgubre y lento. Retrocedieron. Parecía hechizarlos con el poder de un funeral. Estaban tan absortos que no oyeron llegar el calesín del doctor al establo. Trescott bajó, ató su caballo y se acercó al grupo. Jimmie lo vio primero, y ante su mirada de consternación, los otros se giraron.

"¿Qué es todo esto, Jimmie?", preguntó Trescott, sorprendido.

El muchacho avanzó al frente de sus compañeros, se detuvo y no dijo nada. El rostro de Trescott se ensombreció ligeramente mientras escrutaba la escena.

"¿Qué estabais haciendo, Jimmie?".

"Estábamos jugando", respondió Jimmie, con voz ronca.

"¿Jugando a qué?".

"Solo jugando".

Trescott miró gravemente a los otros niños y les pidió que por favor se fueran a casa. Se dirigieron a la calle de manera muy parecida a la de asesinos frustrados y descubiertos. El delito de allanar la propiedad de otro niño seguía siendo un delito cuando solo habían aceptado la cordial invitación del otro niño, y estaban acostumbrados a ser expulsados de todo tipo de jardines ante la repentina aparición de un padre o una madre. Jimmie había observado miserablemente la partida de sus compañeros. Implicaba la pérdida de su posición como muchacho que controlaba los privilegios de los terre-

nos de su padre, pero entonces supo que, en primer lugar, no tenía derecho a invitar a tantos niños a ser sus huéspedes.

Una vez en la acera, sin embargo, olvidaron rápidamente su vergüenza como intrusos, y el niño grande se lanzó a describir su éxito en la reciente prueba de valor. Mientras subían rápidamente la calle, el niño pequeño que había realizado la expedición furtiva gritó con confianza desde la retaguardia: "Sí, y yo casi me acerqué a él, ¿verdad, Willie?".

El niño grande lo aplastó con unas pocas palabras. "¡Bah!", se burló. "Tú solo te acercaste un poco. Yo me acerqué del todo".

El paso de los otros niños era tan varonil que la cosita pequeña tuvo que trotar, y permaneció en la retaguardia, enredándose en sus piernas en sus intentos de alcanzar la primera fila y cobrar alguna importancia, esquivando de un lado a otro, y siempre pregonando su pequeña pretensión de gloria.

XXI

"Por cierto, Grace", dijo Trescott, mirando hacia el comedor desde la puerta de su despacho, "desearía que me enviaras a Jimmie antes de la hora de la escuela".

Cuando Jimmie llegó, avanzó tan silenciosamente que Trescott al principio no lo notó. "Oh", dijo, girándose desde un armario, "aquí estás, jovencito".

"Sí, señor".

Trescott se dejó caer en su silla y golpeó el escritorio con un dedo pensativo. "Jimmie, ¿qué estabais haciendo ayer en el jardín trasero —tú y los otros niños— a Henry?".

"No estábamos haciendo nada, papá".

Trescott miró severamente a los ojos levantados de su hijo. "¿Estás seguro de que no lo estabais molestando de ninguna manera? Ahora, ¿qué estabais haciendo, exactamente?".

"Pues, nosotros... pues, nosotros... ahora... Willie Dalzel dijo que no me atrevía a acercarme a él, y lo hice; y luego lo hizo él; y luego... los otros niños tenían miedo; y luego... viniste tú".

Trescott gimió profundamente. Su semblante estaba tan nublado por la tristeza que el muchacho, desconcertado por el misterio de ello, estalló de repente en lúgubres lamentos. "Ya, ya. No llores, Jim", dijo Trescott, rodeando el escritorio. "Solo...". Se sentó en un gran sillón de cuero de lectura y tomó al niño en sus rodillas. "Solo quiero explicarte...".

Después de que Jimmie se fuera a la escuela, y mientras Trescott estaba a punto de comenzar su ronda de visitas matutinas, llegó un mensaje del doctor Moser. Exponía que la hermana de este último se estaba muriendo en la vieja granja familiar, a veinte millas de distancia valle arriba, y pedía a Trescott que se hiciera cargo de sus pacientes por lo menos durante el día. También había en el sobre una breve historia de cada caso y de lo que ya se había hecho. Trescott respondió al mensajero que aceptaría gustosamente el acuerdo.

Notó que el primer nombre en la lista de Moser era Winter, pero esto no pareció llamarle la atención como un hecho importante. Cuando llegó su turno, tocó el timbre de los Winter. "Buenos días, señora Winter", dijo, alegremente, mientras se abría la puerta. "El doctor Moser se ha visto obligado a abandonar la ciudad hoy, y me ha pedido que venga en su lugar. ¿Cómo está la niña esta mañana?".

La señora Winter lo había mirado con pétrea sorpresa. Finalmente dijo: "¡Entre! Veré a mi marido". Se precipitó dentro de la casa. Trescott entró en el vestíbulo y giró a la izquierda hacia la sala de estar.

Al poco rato, Winter entró arrastrando los pies por la puerta. Sus ojos brillaron hacia Trescott. No traicionó ningún deseo de avanzar mucho en la habitación. "¿Qué quiere?", dijo.

"¿Qué quiero? ¿Qué quiero?", repitió Trescott, levantando la cabeza de repente. Había oído un desafío completamente nuevo en la noche de la selva.

"Sí, eso es lo que quiero saber", espetó Winter. "¿Qué quiere?".

Trescott guardó silencio por un momento. Consultó las notas de Moser. "Veo que el caso de su hijita es un poco serio", comentó. "Le aconsejaría que llamara pronto a un médico. Le dejaré una copia del historial del doctor Moser para que se la dé a quien llame". Hizo una pausa para transcribir el historial en una página de su cuaderno. Arrancando la hoja, se la extendió a Winter mientras se dirigía hacia la puerta. Este último se encogió contra la pared. Tenía la cabeza gacha mientras extendía la mano hacia el papel. Esto le hizo agarrar aire, por lo que Trescott simplemente dejó que el papel revoloteara hasta los pies del otro hombre.

"Buenos días", dijo Trescott desde el vestíbulo. Esta plácida retirada pareció despertar de repente la ferocidad de Winter. Fue como si entonces hubiera recordado todas las verdades que había formulado para lanzárselas a Trescott. Así que lo siguió al vestíbulo, y por el vestíbulo hasta la puerta, y a través de la puerta hasta el porche, ladrando con furia encendida desde una distancia respetuosa. Mientras Trescott volvía imperturbablemente la cabeza de la yegua camino abajo, Winter permanecía en el porche, todavía aullando. Era como un perrito.

XXII

"¿Has oído la noticia?", gritó Carrie Dungen, mientras corría hacia la cocina de Martha. "¿Has oído la noticia?". Sus ojos brillaban de alegría.

"No", respondió Kate, la hermana de Martha, inclinándose ansiosamente hacia adelante. "¿Qué ha sido? ¿Qué ha sido?".

Carrie apareció triunfalmente en la puerta abierta. "Oh, ha habido una escena terrible entre el doctor Trescott y Jake Winter. Nunca pensé que Jake Winter tuviera agallas, pero esta mañana le dijo al doctor justo lo que pensaba de él".

"Bueno, ¿qué pensaba de él?", preguntó Martha.

"Oh, lo llamó de todo. La señora Howarth lo oyó a través de sus persianas delanteras. Fue terrible, dice ella. Ya se sabe en todo el pueblo. Todo el mundo lo sabe".

"¿No le contestó el doctor?".

"¡No! La señora Howarth... dice que él nunca dijo una palabra. Simplemente caminó hasta su calesín, subió y se marchó tan tranquilo. Pero Jake le dio una buena tunda, según todos los testimonios".

"Pero, ¿qué dijo?", gritó Kate, estridente y excitada. Evidentemente, estaba en una especie de festín.

"Oh, le dijo que Sadie nunca había estado bien desde aquella noche en que Henry Johnson la asustó en la fiesta de Theresa Page, y lo hizo responsable, y cómo se atrevía a cruzar su umbral... y... y... y...".

"¿Y qué?", dijo Martha.

"¿Le insultó?", dijo Kate, con temible regocijo.

"No... no mucho. Le insultó un poco, pero no más de lo que cualquier hombre hace de todos modos cuando está realmente enfadado, dice la señora Howarth".

"¡Ooooh!", respiró Kate. "¿Y le llamó algún nombre?".

Martha, en su trabajo, había estado un tiempo sumida en profundos pensamientos. Ahora interrumpió a las otras. "No parece que Sadie Winter haya estado enferma desde aquella vez que Henry Johnson se soltó. Ha ido a la escuela casi todo el tiempo desde entonces, ¿no?".

Se unieron contra ella con inmediata indignación. "¿Escuela? ¿Escuela? Yo diría que no. Ni por un momento. ¡Escuela!".

Martha se giró desde el fregadero. Sostenía una cuchara de hierro, y parecía como si fuera a atacarlas. "Sadie Winter ha pasado por aquí muchas mañanas desde entonces llevando su mochila escolar. ¿A dónde iba? ¿A una boda?".

Las otras, largamente acostumbradas a una tiranía mental, se rindieron rápidamente.

"¿Lo hizo?", tartamudeó Kate. "Nunca la vi".

Carrie Dungen hizo un gesto débil.

"Si yo hubiera sido el doctor Trescott", exclamó Martha, en voz alta, "le habría arrancado la cabeza a ese miserable de Jake Winter".

Kate y Carrie, intercambiando miradas, hicieron una alianza en el aire. "No veo por qué dices eso, Martha", respondió Carrie, con considerable audacia, obteniendo apoyo y simpatía de la sonrisa de Kate. "No veo cómo se puede culpar a nadie por enfadarse cuando su hijita casi se muere de miedo y se enferma por ello, y todo eso. Además, todo el mundo dice...".

"Oh, no me importa lo que diga todo el mundo", dijo Martha.

"Bueno, no puedes ir contra todo el pueblo", respondió Carrie, con repentino y agudo desafío.

"No, Martha, no puedes ir contra todo el pueblo", intervino Kate, siguiendo rápidamente a su líder.

"¡'Todo el pueblo'!", gritó Martha. "Me gustaría saber a qué llamas 'todo el pueblo'. ¿Llamas 'todo el pueblo' a esta gente tonta que tiene miedo de Henry Johnson?".

"Vaya, Martha", dijo Carrie, en tono razonador, "¡hablas como si no le tuvieras miedo!".

"Ni yo tampoco", replicó Martha.

"¡Ooooh, Martha, cómo hablas!", dijo Kate. "¡Vaya, qué idea! Todo el mundo le tiene miedo".

Carrie sonreía. "¿Nunca lo has visto, verdad?", preguntó, seductoramente.

"No", admitió Martha.

"Bueno, entonces, ¿cómo sabes que no tendrías miedo?".

Martha la enfrentó. "¿Lo has visto alguna vez? ¿No? Bueno, entonces, ¿cómo sabes que tendrías miedo?".

Las fuerzas aliadas estallaron a coro: "Pero, Martha, todo el mundo lo dice. Todo el mundo lo dice".

"¿Todo el mundo dice qué?".

"Todo el que lo ha visto dice que se asustó casi hasta la muerte. No solo las mujeres, sino también los hombres. Es horrible".

Martha meneó la cabeza solemnemente. "Intentaría no tenerle miedo".

"Pero, ¿suponiendo que no pudieras evitarlo?", dijo Kate.

"Sí, y mira aquí", gritó Carrie. "Te diré otra cosa. Los Hannigan se van a mudar de la casa de al lado".

"¿Por su culpa?", exigió Martha.

Carrie asintió. "La señora Hannigan lo dice ella misma".

"¡Bueno, de todas las cosas!", exclamó Martha. "¿Se van a mudar, eh? ¡No me digas! ¿A dónde se van a mudar?".

"A la Avenida Orchard".

"¡Bueno, de todas las cosas! ¿Casa bonita?".

"No lo sé. No he oído nada. Pero hay muchas casas bonitas en Orchard".

"Sí, pero están todas ocupadas", dijo Kate. "No hay ni una casa vacía en la Avenida Orchard".

"Oh, sí que la hay", dijo Martha. "La vieja casa de Hampstead está vacía".

"Oh, por supuesto", dijo Kate. "Pero entonces no creo que a la señora Hannigan le guste allí. Me pregunto a dónde se podrán mudar".

"Estoy segura de que no lo sé", suspiró Martha. "Debe ser a algún lugar que no conocemos".

"Bueno", dijo Carrie Dungen, después de un silencio reflexivo general, "de todos modos, es bastante fácil averiguarlo".

"¿Quién sabe... por aquí?", preguntó Kate.

"Pues, la señora Smith, y ahí está en su jardín", dijo Carrie, poniéndose de pie de un salto. Mientras salía corriendo por la puerta, Kate y Martha se agolparon en la ventana. La voz de Carrie resonó cerca de los escalones. "¡Señora Smith! ¡Señora Smith! ¿Sabe adónde se van a mudar los Hannigan?".

XXIII

El otoño golpeó las hojas, y los árboles de Whilomville se engalanaron de carmesí y amarillo. Los vientos se hicieron más fuertes, y en el melancólico púrpura de las noches el brillo hogareño de una ventana se convirtió en algo más hermoso. Los niños pequeños, observando las hojas secas y tristes que caían de los arces, soñaban con el tiempo cercano en que podrían amontonar fanegas en las calles y quemarlas durante las tardes abruptas.

Tres hombres caminaban por la Avenida Niágara. Al acercarse a la casa del juez Hagenthorpe, este bajó por su camino para recibirlos a la manera de quien ha estado esperando.

"¿Está listo, juez?", dijo uno.

"Todo listo", respondió.

Los cuatro caminaron entonces hasta la casa de Trescott. Él los recibió en su despacho, donde había estado leyendo. Pareció sorprendido por esta visita de cuatro ciudadanos muy activos e influyentes, pero no tuvo nada que decir al respecto.

Después de que todos se sentaron, Trescott miró expectante de un rostro a otro. Hubo un breve silencio. Lo rompió John Twelve, el mayorista de comestibles, que valía 400.000 dólares, y se decía que valía más de un millón.

"Bueno, doctor", dijo, con una breve risa, "supongo que podríamos admitir de inmediato que hemos venido a interferir en algo que no es de nuestra incumbencia".

"Vaya, ¿qué es?", preguntó Trescott, mirando de nuevo de un rostro a otro. Parecía apelar particularmente al juez Hagenthorpe, pero el anciano tenía la barbilla baja, pensativo, sobre su bastón, y no lo miraba.

"Es sobre lo que nadie habla... mucho", dijo Twelve. "Es sobre Henry Johnson".

Trescott se cuadró en su silla. "¿Sí?", dijo.

Habiéndose deshecho del título, Twelve pareció sentirse más cómodo. "Sí", respondió, con amabilidad, "queríamos hablar con usted sobre ello".

"¿Sí?", dijo Trescott.

Twelve avanzó bruscamente en el ataque principal. "Ahora mire, Trescott, nos cae bien, y hemos venido a hablar claro sobre este asunto. Puede que no sea de nuestra incumbencia y todo eso, y en cuanto a mí, no me importa si me lo dice; pero no voy a quedarme callado y ver cómo se arruina. Y así es como nos sentimos todos".

"No me estoy arruinando", respondió Trescott.

"No, tal vez no te estés arruinando exactamente", dijo Twelve, lentamente, "pero te estás haciendo mucho daño. Has pasado de ser el médico principal de la ciudad a ser casi el último. Se debe principalmente a que siempre hay un gran número de personas que son unos tontos muy desconsiderados, por supuesto, pero eso no cambia la situación".

Un hombre que no había hablado hasta entonces dijo, solemnemente: "Son las mujeres".

"Bueno, lo que quiero decir es esto", reanudó Twelve: "Incluso si hay muchos tontos en el mundo, no vemos ninguna razón por la que debas arruinarte oponiéndote a ellos. No puedes enseñarles nada, ya sabes".

"No estoy tratando de enseñarles nada". Trescott sonrió con cansancio. "Yo... Es una cuestión de... bueno...".

"Y hay muchos de nosotros que te admiramos inmensamente por ello", interrumpió Twelve; "pero eso no va a cambiar la opinión de todos esos necios".

"Son las mujeres", afirmó de nuevo el defensor de este punto de vista.

"Bueno, lo que quiero decir es esto", dijo Twelve. "Queremos que salgas de este problema y vuelvas a tu antiguo ritmo. Simplemente estás acabando con tu clientela por tu infernal testarudez. Ahora bien, esto es algo fuera de lo común, pero debe haber maneras de... de ganar la partida de alguna manera, ya ves. Así que lo hemos hablado... una docena de nosotros... y, como digo, si quieres decirnos que nos ocupemos de nuestros propios asuntos, pues adelante; pero lo hemos hablado, y hemos llegado a la conclusión de que la única manera de hacerlo es conseguirle a Johnson un lugar en algún sitio valle arriba, y...".

Trescott hizo un gesto cansado. "No lo sabes, amigo mío. Todo el mundo le tiene tanto miedo que ni siquiera pueden cuidarlo bien. Nadie puede atenderlo como yo mismo".

"Pero tengo una pequeña granja sin valor más allá de Clarence Mountain que iba a darle a Henry", gritó Twelve, agraviado. "Y si tú... y si tú... si tú... por el incendio de tu casa, o cualquier cosa... vaya, todos los muchachos estaban preparados para quitártelo de las manos, y... y...".

Trescott se levantó y fue a la ventana. Les dio la espalda. Se sentaron esperando en silencio. Cuando regresó, mantuvo el rostro en la sombra. "No, John Twelve", dijo, "no se puede hacer".

Hubo otro silencio. De repente, un hombre se removió en su silla.

"Bueno, entonces, una institución pública...", comenzó.

"No", dijo Trescott; "las instituciones públicas están muy bien, pero él no va a ir a una".

En el fondo del grupo, el viejo juez Hagenthorpe alisaba pensativamente la pulida cabeza de marfil de su bastón.

XXIV

Trescott golpeó ruidosamente la nieve de sus pies y sacudió los copos de sus hombros. Cuando entró en la casa, fue directamente al comedor y luego a la sala de estar. Jimmie estaba allí, leyendo con dificultad un libro grande sobre jirafas, tigres y cocodrilos.

"¿Dónde está tu madre, Jimmie?", preguntó Trescott.

"No lo sé, papá", respondió el niño. "Creo que está arriba".

Trescott fue al pie de las escaleras y llamó, pero no hubo respuesta. Viendo que la puerta del pequeño salón estaba abierta, entró. La habitación estaba bañada por la penumbra que provenía de los cuatro opacos cristales de mica del frente de la gran estufa. A medida que sus ojos se acostumbraban a las sombras, vio a su esposa acurrucada en un sillón. Se acercó a ella. "Vaya, Grace", dijo, "¿no me oíste llamarte?".

Ella no respondió, y mientras él se inclinaba sobre el sillón, la oyó tratar de ahogar un sollozo en el cojín.

"¡Grace!", gritó. "¡Estás llorando!".

Ella levantó el rostro. "Tengo dolor de cabeza, un terrible dolor de cabeza, Ned".

"¿Un dolor de cabeza?", repitió él, con sorpresa e incredulidad.

Acercó una silla a la de ella. Más tarde, al recorrer con la vista la zona de luz que proyectaban los opacos cristales rojos, vio que se había acercado una mesa baja a la estufa, y que estaba cargada con muchas tazas pequeñas

y platos de bizcocho sin cortar. Recordó que era miércoles, y que su esposa recibía los miércoles.

"¿Quién estuvo hoy aquí, Gracie?", preguntó.

Desde su hombro llegó un murmullo: "La señora Twelve".

"¿Estuvo ella... um?", dijo él. "Vaya... ¿no vino Anna Hagenthorpe?".

El murmullo desde su hombro continuó: "No se encontraba lo suficientemente bien".

Echando un vistazo a las tazas, Trescott las contó mecánicamente. Había quince. "Ya, ya", dijo. "No llores, Grace. No llores".

El viento gemía alrededor de la casa, y la nieve golpeaba oblicuamente las ventanas. A veces, el carbón en la estufa se asentaba con un sonido desmoronadizo, y los cuatro cristales de mica destellaban un repentino nuevo carmesí. Mientras estaba sentado sosteniendo la cabeza de ella sobre su hombro, Trescott se encontró ocasionalmente tratando de contar las tazas. Había quince.

¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

Descubre nuestra colección de obras de dominio público en castellano en nuestra web